
EL·PERRO·DEL·HORTELANO
Comedia en
tres actos,
de Lope
de Vega
Refundida
por Manuel
y Antonio
Machado
50
CÉNTS.

Cubierta

de

este

número:

María

Guerrero

en

EL

PERRO

DEL

HORTELANO

EL PERRO DEL HORTELANO


ANT
MERLO.

LOPE DE VEGA

EL PERRO DEL HORTELANO

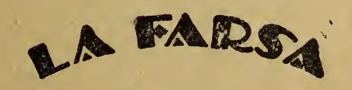
COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO
ORIGINAL

REFUNDIDA POR MANUEL Y ANTONIO MACHADO
Y JOSE LOPEZ Y PEREZ-HERNANDEZ

Estrenada en el Teatro Español de Madrid,
la noche del 27 de febrero de 1931.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO





AÑO V | 22 DE AGOSTO DE 1931 | NUM. 206
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Diana, condesa de Belflor...	María Guerrero.
Marcela	Társila Criado.
Dorotea	Josefina Taboada.
Anarda	Margarita García Ortega.
Teodoro	Fernando Díaz de Mendoza.
El conde Ludovico	Ricardo Juste.
Octavio	Fernando Sala.
Ricardo	Juan Beringola.
Tristán	José Capilla.
El conde Federico	Angel Dolarea.
Fabio	Manuel Benedito.

La escena en Nápoles.



ACTO PRIMERO

Sala en el palacio de la condesa.

ESCENA PRIMERA

TEODORO *y* TRISTAN, *huyendo.*

TEODORO. Huye, Tristán, por aquí.
TRISTAN. Notable desdicha ha sido.
TEODORO. ¿Sí nos habrá conocido?
TRISTAN. No sé; presumo que sí.

(*Vanse.*)

ESCENA II

DIANA.

DIANA. ¡Ah!, gentilhombre; esperad.
Teneos, oíd; ¿qué digo?
¿Esto se ha de usar conmigo?
Volved, mirad, escuchad.
¡Hola! ¿No hay aquí un criado?
¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?
Pues no es sombra lo que vi,
ni sueño que me ha burlado.
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

ESCENA III

FABIO, DIANA

FABIO. ¿Llama vuestra señoría?
DIANA. Para la cólera mía
gusto esa flema me da.
Corred, necio, enhoramala,
pues merecéis este nombre,
y mirad quién es un hombre
que salió de aquesta sala.
FABIO. Voy tras él.
DIANA. Sabed quién es.
FABIO. ¡Hay tal traición, tal maldad!
(*Vase.*)

ESCENA IV

OCTAVIO, DIANA

DIANA. ¡Muy lindo Santelmo hacéis!
¡Bien temprano os acostáis!
¡Con la flema que llegáis!
¡Qué despacio que os movéis!
Andan hombres en mi casa
a tal hora, y aun los siento
casi en mi propio aposento
(que no sé yo donde pasa
tan grande insolencia, Octavio);
y vos, muy a lo escudero,
cuando yo me desespero,
¿así remediáis mi agravio?
OCTAVIO. Aunque su voz escuchaba,
a tal hora, no creía
que era vuestra señoría
quien tan aprisa llamaba.
DIANA. Volveos, que no soy yo;
acostaos, que os hará mal.
OCTAVIO. Señora...

ESCENA V

FABIO, DICHOS

No he visto tal.
Como un gavilán partió.

DIANA. ¿Viste las señas?

FABIO. ¿Qué señas?

DIANA. ¿Una capa no llevaba
con oro?

FABIO. Cuando bajaba
la escalera...

DIANA. ¡Hermosas dueñas
sois los hombres de mi casa!

FABIO. A la lámpara tiró
el sombrero y la mató.
Con esto los patios pasa,
y en lo oscuro del portal
saca la espada y camina.

DIANA. Vos sois muy lindo gallina.

FABIO. ¿Qué queríais?

DIANA. ¡Pesia tal!
Cerrar con él y matalle.

OCTAVIO. Si era hombre de valor,
¿fuera bien echar tu honor
desde el portal a la calle?

DIANA. ¡De valor aquí! ¿por qué?

OCTAVIO. ¿Nadie en Nápoles te quiere,
que mientras casarse espere,
por donde puede te ve?
¿No hay mil señores que están,
para casarme contigo,
ciegos de amor? Pues bien digo,
si tú le viste galán,
y Fabio tirar bajando
a la lámpara el sombrero.

DIANA. Sin duda fué caballero
que, amando y solicitando,
vencerá con interés

mis criados; que criados
tengo, Octavio, tan honrados.
Pero yo sabré quién es;
plumas llevaba el sombrero,
y en la escalera ha de estar.
Ve por él. (*A Fabio.*)

FABIO. ¿Si le he de hallar?

DIANA. Pues claro está, majadero;
que no había de bajarse
por él cuando huyendo fué.

FABIO. Luz, señora, llevaré.
(*Vase.*)

ESCENA VI

DIANA, OCTAVIO.

DIANA. Si ello viene a averiguarse
no me ha de quedar culpado
en casa.

OCTAVIO. Muy bien harás;
pues cuando segura estás,
te han puesto en este cuidado.
Pero aunque es bachillería,
y más estando enojada,
hablarte en lo que te enfada,
ésta tu injusta porfía
de no te querer casar
causa tantos desatinos,
solicitando caminos
que te obligasen a amar.

DIANA. ¿Sabéis vos alguna cosa?

OCTAVIO. Yo, señora, no sé más
de que en opinión estás
de incasable cuanto hermosa.
El condado de Belflor
pone a muchos en cuidado.

ESCENA VII

FABIO, DICHOS

FABIO. Con el sombrero he topado;
Mas no puede ser peor.

DIANA. Muestra. ¿Qué es esto?

FABIO. No sé,

Este aquel galán tiró.

DIANA. ¿Este?

OCTAVIO. No le he visto yo
más sucio.

FABIO. Pues éste fué.

DIANA. ¿Este hallaste?

FABIO. Pues ¿yo había
de engañarte?

OCTAVIO. ¡Buenas son
las plumas!

FABIO. El es ladrón.

OCTAVIO. Sin duda a robar venía.

DIANA. Haréisme perder el seso.

FABIO. Este sombrero tiró.

DIANA. Pues las plumas que vi yo,
y tantas que aun era exceso,
¿en esto se resolvieron?

FABIO. Como en la lámpara dió,
sin duda se las quemó,
y como estopas ardieron.

DIANA. No estoy para burlas, Fabio.
Hay aquí mucho que hacer.

OCTAVIO. Tiempo habrá para saber
la verdad.

DIANA. ¿Qué tiempo, Octavio?

OCTAVIO. Duerme agora; que mañana
lo puedes averiguar.

DIANA. No me tengo de acostar,
no, por vida de Diana,
hasta saber lo que ha sido.
Llama esas mujeres todas. (*Vase Fabio.*)

ESCENA VIII

DIANA, OCTAVIO.

OCTAVIO. Muy bien la noche acomodas.

DIANA. Del sueño, Octavio, me olvido
con el cuidado de ver
un hombre dentro en mi casa.

OCTAVIO. Saber después lo que pasa
fuera discreción, y hacer
secreta averiguación.

DIANA. Sois, Octavio, muy discreto;
que dormir sobre un secreto
es notable discreción.

ESCENA IX

FABIO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, DICHOS

FABIO. Las que importan he traído;
que las demás no sabrán
lo que deseas, y están
rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
estaban por acostar.
ANARDA. (*Aparte.*)
De noche se altera el mar,
y se enfurecen las olas.
FABIO. ¿Quieres quedar sola?
DIANA. Sí.
Salíos los dos allá.
FABIO. (*Aparte a Octavio.*)
¡Bravo examen!
OCTAVIO. Loca está.
FABIO. Y sospechosa de mí.
(*Vanse Octavio y Fabio.*)

ESCENA X

DIANA, MARCELA, DOROTEA, ANARDA

DIANA. Llégate aquí, Dorotea.
DOROTEA. ¿Qué manda vuseñoría?
DIANA. Que me dijeses querría
quién esta calle pasea.
DOROTEA. Señora, el marqués Ricardo,
y algunas veces el conde
Paris.
DIANA. La verdad responde
de lo que decirte aguardo,
si quieres tener remedio.
DOROTEA. ¿Qué te puedo yo negar?
DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?

DOROTEA. Si me pusieses en medio
de mil llamas, no podré
decir que, fuera de ti,
hablar con nadie los vi,
que en aquesta casa esté.

DIANA. ¿No te han dado algún papel?
¿Ningún paje ha entrado aquí?

DOROTEA. Jamás.

DIANA. Apártate allí.

MARCELA. (*Aparte a Anarda.*)
¡Brava inquisición!

ANARDA. (*Aparte a Marcela.*)
Cruel.

DIANA. Oye, Anarda.

ANARDA. ¿Qué me mandas?

DIANA. ¿Qué hombre es éste que salió?...

ANARDA. ¡Hombre!

DIANA. Desta sala; y yo
sé los pasos en que andas.
¿Quién le trajo a que me viese?
¿Con quién habla de vosotras?

ANARDA. No creas tú que en nosotras
tal atrevimiento hubiese.
¡Hombre, para verte a ti,
había de osar traer
criada tuya, ni hacer
esa traición contra ti!
No, señora, no lo entiendes.

DIANA. Espera, apártate más,
porque a sospechar me das,
si engañarme no pretendes,
que por alguna criada
este hombre ha entrado aquí.

ANARDA. El verte, señora, así,
y justamente enojada;
dejada toda cautela,
me obliga a decir verdad,
aunque contra el amistad
que profeso con Marcela.
Ella tiene a un hombre amor,
y él se le tiene también;
mas nunca he sabido quién.

DIANA. Negarlo, Anarda, es error.

Ya que confiesas lo más,
¿para qué niegas lo menos?

ANARDA. Para secretos ajenos
mucho tormento me das,
sabiendo que soy mujer;
mas basta que hayas sabido
que por Marcela ha venido.
Bien te puedes recoger;
que es sólo conversación,
y ha poco que se comienza.

DIANA. ¡Hay tan cruel desvergüenza!
¡Buena andará la opinión
de una mujer por casar!
¡Por el siglo, infame gente,
del conde mi señor!...

ANARDA. Tente,
y déjame disculpar;
que no es de fuera de casa.
el hombre que habla con ella,
ni para venir a vella
por esos peligros pasa.

DIANA. En efecto ¿es mi criado?

ANARDA. Sí, señora.

DIANA. ¿Quién?

ANARDA. Teodoro.

DIANA. ¿El secretario?

ANARDA. Yo ignoro
lo demás; sé que han hablado.

DIANA. Retírate, Anarda, allí.

ANARDA. Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA. (*Aparte.*)
Con más templaza me siento,
sabiendo que no es por mí.
Marcela...

MARCELA. Señora...

DIANA. Escucha.

MARCELA. ¿Qué mandas?
(*Aparte.*)
Temblando llego.

DIANA. ¿Eres tú de quien fiaba
mi honor y mis pensamientos?

MARCELA. Pues ¿qué te han dicho de mí,
sabiendo tú que profeso
la lealtad que tú mereces?

DIANA. ¿Tú lealtad?
MARCELA. ¿En qué te ofendo?
DIANA. ¿No es ofensa que en mi casa,
y dentro de mi aposento,
entre un hombre a hablar contigo?
MARCELA. Es a Teodoro tan necio,
que donde quiera me dice
dos docenas de requiebros.
DIANA. ¿Dos docenas? ¡Bueno a fe!
Bendiga el buen año el cielo
pues se venden por docenas.
MARCELA. Quiero decir que, en saliendo
o entrando, luego a la boca
traslada sus pensamientos.
DIANA. ¿Traslada? Término extraño.
Y ¿qué te dice?
MARCELA. No creo
que se me acuerda.
DIANA. Sí hará.
MARCELA. Una vez dice: "Yo pierdo
el alma por esos ojos";
Otra: "Yo vivo por ellos;
esta noche no he dormido,
desvelando mis deseos
en tu hermosura." Otra vez
me pide sólo un cabello
para atarlos, porque estén
en su pensamiento quedos,
Mas ¿para qué me preguntas
niñerías?
DIANA. Tú a lo menos
bien te huelgas.
MARCELA. No me pesa;
porque de Teodoro entiendo
que estos amores dirige
a fin tan justo y honesto,
como el casarse conmigo.
DIANA. Es el fin del casamiento
honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate desto?
MARCELA. ¡Qué mayor bien para mí!
Pues ya, señora, que veo
tanta blandura en tu enojo
y tal nobleza en tu pecho,

te aseguro que te adoro,
porque es el mozo más cuerdo,
más prudente y entendido,
más amoroso y discreto,
que tiene aquesta ciudad.

DIANA. Ya sé yo su entendimiento,
del oficio en que me sirve.

MARCELA. Es diferente el sujeto
de una carta, en que les pruebas
a dos títulos tu deudo,
de verle hablar más de cerca,
en estilo dulce y tierno,
razones enamoradas.

DIANA. Marcela, aunque me resuelvo
a que os caséis, cuando sea
para ejecutarlo tiempo,
no puedo dejar de ser
quien soy, como ves que debo
a mi generoso nombre;
porque no fuera bien hecho
daros lugar en mi casa.
(*Aparte.*)
(Sustentar mi enojo quiero.)
Pues ya que todos lo saben,
tú podrás con más secreto
proseguir ese tu amor;
que en la ocasión yo me ofrezco
a ayudaros a los dos;
que Teodoro es hombre cuerdo,
y se ha criado en mi casa;
y a ti, Marcela, te tengo
la obligación que tú sabes,
y no poco parentesco.

MARCELA. A tus pies tienes tu hechura.

DIANA Vete.

MARCELA. Mil veces los beso.

DIANA. Dejadme sola.
(*Aparte a Marcela.*)

ANARDA. ¿Qué ha sido?

MARCELA. Enojos en mi provecho.

DOROTEA. ¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA. Sí sabe, y que son honestos.

(*Marcela, Dorotea y Anarda, hacen tres reverencias a la Condesa, y se van.*)

ESCENA XI

DIANA.

DIANA. Mil veces he advertido en la belleza,
gracia y entendimiento de Teodoro,
que a no ser desigual a mi decoro,
estimara su ingenio y gentileza.
Es el amor común naturaleza;
mas yo tengo mi honor por más tesoro;
que los respetos de quien soy adoro
y aún el pensarlo tengo por bajeza.
La envidia bien sé yo que ha de quedar-
que si la suelen dar bienes ajenos, [me;
bien tengo de que pueda lamentarme:
Porque quisiera yo que, por lo menos,
Teodoro fuera más, para igualarme,
o yo, para igualarle, fuera menos.
(*Vase.*)

ESCENA XII

TEODORO, TRISTAN.

TEODORO. No he podido sosegar.
TRISTAN. Y aun es con mucha razón;
que ha de ser tu perdición
si lo llega a averiguar.
Dijete que la dejaras
acostar, y no quisiste.
TEODORO. Nunca el amor se resiste.
TRISTAN. Tiras; pero no reparas.
TEODORO. Los diestros lo hacen así.
TRISTAN. Bien sé yo que si lo fueras,
el peligro conocieras.
TEODORO. ¿Si me conoció?
TRISTAN. No y sí;
que no conoció quién eras,
y sospecha la quedó.
TEODORO. Cuando Fabio me siguió

bajando las escaleras,
fué milagro no matalle.

TRISTAN. ¡Qué lindamente tiré.
mi sombrero a la luz!

TEODORO. Fué
detenelle y deslumbralle,
porque si adelante pasa,
no le dejara pasar.

TRISTAN. Dije a la luz al bajar:
"Di que no somos de casa."
Y respondióme: "Mentís."
Alcé y tiréle el sombrero;
¿Quedé agraviado?

TEODORO. Hoy espero.
mi muerte.

TRISTAN. Siempre decís
esas cosas los amantes
cuando menos pena os dan.

TEODORO. Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,
en peligros semejantes?

TRISTAN. Dejar de amar a Marcela,
pues la condesa es mujer
que si lo llega a saber,
no te ha de valer cautela
para no perder su casa.

TEODORO. Y ¿no hay más sino olvidar?

TRISTAN. Lecciones te quiero dar
de cómo el amor se pasa.

TEODORO. ¿Cómo?

TRISTAN. Pensando defectos
y no gracias; que olvidando,
defectos están pensando,
que no gracias, los discretos.
No la imagines vestida
con tan linda proporción
de cintura, en el balcón
de unos chapines subida.
Todo es vana arquitectura;
porque dijo un sabio un día
que a los sastres se debía
la mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
una mujer semejante,

es como un disciplinante
que le llevan a curar.
Esto sí; que no adornada
del costoso faldellín.
Pensar defectos, en fin,
es medicina aprobada.
Si de acordarte que vías
alguna vez una cosa
que te pareció asquerosa,
no comes en treinta días;
acordándote, señor,
de los defectos que tiene,
si a la memoria te viene,
se te quitará el amor.

TEODORO. ¡Qué grosero cirujano!
¡Qué rústica curación!,
los remedios al fin son
como de tu tosca mano.
En las gracias de Marcela
no hay defectos que pensar.
Yo no la pienso olvidar.

TRISTAN. Pues a tu desgracia apela,
y sigue tan loca empresa.

TEODORO. Toda es gracias; ¿qué he de hacer?

TRISTAN. Pensarlas hasta perder
la gracia de la condesa.

ESCENA XIII

DIANA, DICHOS

DIANA. Teodoro...

TEODORO. (*Aparte.*)
La misma es.

DIANA. Escucha.

TEODORO. A tu hechura manda.

TRISTAN. (*Aparte.*)
Si en averiguarlo anda
de casa volamos tres.

DIANA. Hame dicho cierta amiga
que desconfía de sí,
que el papel que traigo aquí
le escriba; a hacerlo me obliga

la amistad, aunque yo ignoro,
Teodoro, cosas de amor;
y que le escribas mejor
vengo a decirte, Teodoro;
toma y léele.

TEODORO. Si aquí,
señora, has puesto la mano,
igualarle fuera en vano,
y fuera soberbia en mí.
Sin verle, pedirte quiero
que a esa señora le envíes.

DIANA. Léele.

TEODORO. Que desconfíes
me espanto; aprender espero
estilo que yo no sé;
que jamás traté de amor.

DIANA. ¿Jamás, jamás?

TEODORO. Con temor
de mis defectos, no amé;
que soy muy desconfiado.

DIANA. Y se puede conocer
de que no te dejas ver,
pues que te vas rebozado.

TEODORO. ¡Yo, señora! ¿Cuándo o cómo?

DIANA. Dijéronme que salió
anoche acaso, y te vió
rebozado el mayordomo.

TEODORO. Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solemos,
que mil burlas nos hacemos.

DIANA. Lee, lee.

TEODORO. Estoy pensando
que tengo algún envidioso.

DIANA. Celoso podría ser.
Lee, lee.

TEODORO. Quiero ver
ese ingenio milagroso. (*Lee.*)
"Amar por ver amar, envidia ha sido,
y primero que amar estar celosa
es invención de amor maravillosa,
y que por imposible se ha tenido.
De los celos mi amor ha procedido,
por pesarme que, siendo más hermosa,

no fuese en ser amada tan dichosa,
que hubiese lo que envidio merecido.
  Estoy sin ocasión desconfiada,
celosa sin amor, aunque sintiendo:
debo de amar, pues quiero ser amada.
  Ni me dejo forzar ni me defiendo;
darme quiero a entender sin decir nada:
entiéndame quien puede; yo me entiendo."

DIANA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que si esto es
a propósito del dueño,
no he visto cosa mejor;
mas confieso que no entiendo
cómo puede ser que amor
venga a nacer de los celos,
pues que siempre fué su padre.

DIANA. Porque esta dama sospecho
que se agradaba de ver
este galán, sin deseo;
y viéndole ya empleado
en otro amor, con los celos
vino a amar y a desear.
¿Puede ser?

TEODORO. Yo lo concedo;
mas ya esos celos, señora,
de algún principio nacieron,
y ese fué amor, que la causa
no nace de los efectos,
sino los efectos della.

DIANA. No sé, Teodoro; esto siento
desta dama, pues me dijo
que nunca al tal caballero
tuvo más que inclinación.
Y en viéndole amar, salieron
al camino de su honor
mil salteadores deseos,
que le han desnudado el alma
del honesto pensamiento
con que pensaba vivir.

TEODORO. Muy lindo papel has hecho:
yo no me atrevo a igualarte.

DIANA. Entra y prueba.

TEODORO. No me atrevo.

DIANA. Haz esto, por vida mía.

TEODORO. Vueseñoría con esto
quiere probar mi ignorancia.
DIANA. Aquí aguardo: vuelve luego.
TEODORO. Yo voy. (*Vase.*)
DIANA. Escucha, Tristán.

ESCENA XIV

DIANA, TRISTAN.

TRISTAN. A ver lo que mandas vuelvo,
con vergüenza destas calzas;
que el secretario, mi dueño,
anda perdido estos dias.
DIANA. ¿Juega?
TRISTAN. ¡Pluguiera a los cielos!,
que a quien juega, nunca faltan,
desto o de aquello, dineros.
DIANA. En fin, no juega.
TRISTAN. Es cuitado.
DIANA. A la cuenta será cierto
tener amores.
TRISTAN. ¡Amores!
¡Oh, qué donaire! Es un hielo.
DIANA. Pues un hombre de su talle,
galán, discreto y mancebo,
¿no tiene algunos amores
de honesto entretenimiento?
TRISTAN. Yo trato en paja y cebada,
no en papeles y requiebros.
De día te sirve aquí;
que está ocupado sospecho.
DIANA. Pues ¿nunca sale de noche?
TRISTAN. No lo acompaño; que tengo
una cadera quebrada.
DIANA. ¿De qué, Tristán?
TRISTAN. Bien te puedo
responder lo que responden
las mal casadas, en viendo
cardenales en su cara
del mojicón de los celos:
"Rodé por las escaleras."

DIANA. ¿Rodaste?

TRISTAN. Por largo trecho.
Con las costillas conté
los pasos.

DIANA. Forzoso es eso,
si a la lámpara, Tristán,
le tirabas el sombrero.

TRISTAN. (*Aparte.*)
¡El sombrero!... ¡Vive Dios,
que se sabe todo el cuento!

DIANA. ¿No respondes?

TRISTAN. Por pensar
cuándo..., pero ya me acuerdo:
anoche andaban en casa
unos murciélagos negros;
el sombrero les tiraba,
fuése a la luz uno dellos,
y acerté, por dar en él,
en la lámpara, y tan presto
por la escalera rodé,
que los dos pies se me fueron.

DIANA. Todo está muy bien pensado;
pero un libro de secretos
dice que es buena la sangre
para quitar el cabello
(desos murciélagos digo);
y haré yo sacarla luego,
si es cabello la ocasión,
para quitarla con ellos.

TRISTAN. (*Aparte.*)
¡Vive Dios, que hay chamusquina,
y que por murciegalero
me pone en una galera!

ESCENA XV

FABIO *y después* EL MARQUES RICARDO. DIANA

FABIO. Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA. Poned estas sillas luego.

(*Sale Ricardo y vanse Fabio y Tristán.*)

RICARDO. Está vuseñoría tan hermosa,
que estar buena el mirarla me asegura;

que en la mujer (y es bien pensada cosa)
la más cierta salud es la hermosura;
que en estando gallarda, alegre, airosa,
es necedad, es ignorancia pura
llegar a preguntarle si está buena,
que todo entendimiento la condena.
Sabiendo que lo estáis, como lo dice
la hermosura, Diana, y la alegría,
de mí, si a la razón me contradice,
saber, señora, como estoy querría.

DIANA. Que vuestra señoría solemnice
lo que en Italia llaman gallardía
por hermosura, es digno pensamiento
de su buen gusto y claro entendimiento.
Que me pregunte cómo está, no creo
que soy tan dueño suyo, que lo diga.

RICARDO. Quien sabe de mi amor y mi deseo
el fin honesto, a este favor se obliga.
A vuestros deudos inclinados veo
para que en lo tratado se prosiga;
sólo falta, señora, vuestro acuerdo,
porque sin él las esperanzas pierdo.
Si, como soy señor de aquel estado
que con igual nobleza heredé agora,
lo fuera desde el sur más abrasado
a los primeros paños del aurora;
si el oro, de los hombres adorado,
las congeladas lágrimas que llora
el cielo, o los diamantes orientales
que abieron por el mar caminos tales,
tuviera yo, lo mismo os ofreciera.

DIANA. Creo, señor marqués, el amor vuestro;
y satisfecha de nobleza tanta
haré tratar el pensamiento nuestro,
si el conde Federico no le espanta.

RICARDO. Bien sé que en trazas es el conde diestro;
porque en ninguna cosa me adelanta;
mas yo fío de vos que mi justicia
los ojos cegará de su malicia.

ESCENA XVI

TEODORO, DIANA, RICARDO

TEODORO. Ya lo que mandas hice.
RICARDO. Si ocupada
vuseñoría está, no será justo
hurtarle el tiempo.
DIANA. No importará nada,
puesto que a Roma escribo.
RICARDO. No hay disgusto
como en día de cartas dilatada
visita.
DIANA. Sois discreto.
RICARDO. En daros gusto.
(*Vase Ricardo.*)

ESCENA XVII

DIANA, TEODORO

DIANA. ¿Escribiste?
TEODORO. Ya escribí,
aunque bien desconfiado;
mas soy mandado y forzado.
DIANO. Muestra.
TEODORO. Lee.
DIANA. Dice así: (*Lee.*)
"Querer por ver querer, envidia fuera,
si quien lo vió, sin ver amar no amara,
porque si antes de ver, no amar pensara,
después no amara, puesto que amar viera.
Amor que lo que agrada considera
en ajeno poder, su amor declara;
que como la color sale a la cara,
sale a la lengua lo que el alma altera.

No digo más, porque lo más ofendo
desde lo menos, si es que desmerezco,
porque del ser dichoso me defiendo.
Esto que entiendo solamente ofrezco;
que lo que no merezco no lo entiendo,
por no dar a entender que lo merezco."

DIANA. Muy bien guardaste el decoro.
TEODORO. ¿Búrlaste?
DIANA. ¡Plugiera a Dios!
TEODORO. ¿Qué dices?
DIANA. Que de los dos
el tuyo vence, Teodoro.
TEODORO. Pésame, pues no es pequeño
principio de aborrecer
un criado, el entender
que sabe más que su dueño.
DIANA. No, Teodoro; que aunque digo
que es el tuyo más discreto,
es porque sigue el conceto
de la materia que sigo;
y no para que presuma
tu pluma que, si me agrada,
pierdo el estar confiada
de los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy mujer
a cualquier error sujeta,
y no sé si muy discreta,
como se me echa de ver.
Desde lo menos, aquí
dices que ofendes lo más;
y amando, engañado estás,
porque en amor no es así;
que no ofende un desigual
amando, pues sólo entiendo
que se ofende aborreciendo.
TEODORO Esa es razón natural;
mas pintaron a Faetonte
y a Icaro despeñados,
uno en caballos dorados,
precipitado en un monte;
y otro, con alas de cera,
derretido en el crisol

del sol.

DIANA. No lo hiciera el sol
si, como es sol, mujer fuera.
Si alguna dama quisieras
alta, sírvela y confía;
que amor no es más que porfía:
no son piedras las mujeres.
Yo me llevo este papel;
que despacio me conviene
verle.

TEODORO. Mil errores tiene.

DIANA. No hay error ninguno en él.

TEODORO. Honras mi deseo; aquí
traigo el tuyo.

DIANA. Pues allá
le guarda... aunque bien será
rasgarle.

TEODORO. ¿Rasgarle?

DIANA. Sí;
que no importa que se pierda,
si se puede perder más.
(*Vase.*)

ESCENA XVIII

TEODORO

TEODORO. Fuése. ¿Quién pensó jamás
de mujer tan noble y cuerda
este arrojarse tan presto
a dar su amor a entender?
Pero también puede ser
que yo me engañase en esto.
Mas no me ha dicho jamás,
ni a lo menos se me acuerda:
"Pues ¿qué importa que se pierda
si se puede perder más?"
Perder más, bien puede ser
por la mujer que decía...
Mas todo es bachillería,
y ella es la misma mujer.
Aunque no; que la condesa
es tan discreta y tan varia,

que es la cosa más contraria
de la ambición que profesa.
Sírvenla príncipes hoy
en Nápoles, que no puedo
ser su esclavo. Tengo miedo
que en grande peligro estoy.
Ella sabe que a Marcela
sirvo, pues aquí ha fundado
el engaño y me ha burlado...
Pero en vano se recela
mi temor, porque jamás
burlando salen colores.
¿Y el decir con mil temores,
que se puede perder más?
¿Qué rosa, al llorar la aurora,
hizo de las hojas ojos,
abriendo los labios rojos
con risa a ver como llora,
como ella los puso en mí,
bañada en púrpura y grana;
o qué pálida manzana
se esmaltó de carmesí?
Lo que veo y lo que escucho,
yo lo juzgo (o estoy loco)
para ser de veras, poco,
y para de burlas, mucho.
Mas teneos pensamiento,
que os vais ya tras la grandeza,
aunque si digo belleza,
bien sabéis vos que no miento;
que es bellísima Diana,
y en discreción sin igual.

ESCENA XIX

MARCELA, TEODORO

MARCELA. ¿Puedo hablarte?
TEODORO. Ocasión tal
mil imposibles allana;
que por tí, Marcela mía,
la muerte me es agradable.

MARCELA.

Como yo te vea y hable,
dos mil vidas perdería.
Grandes cosas han pasado;
que no se quiso acostar
la condesa hasta dejar
satisfecho su cuidado.
Amigas que han envidiado
mi dicha, con deslealtad,
le han contado la verdad;
que entre quien sirve, aunque veas
que hay amistad, no lo creas,
porque es fingida amistad.
Todo lo sabe en efeto;
que si es Diana la luna,
siempre a quien ama importuna,
salió y vió nuestro secreto.
Pero será, te prometo,
para mayor bien, Teodoro;
que del honesto decoro
con que tratas de casarte
le di parte, y dije aparte
cuán tiernamente te adoro.
Tus prendas le encarecí,
tu estilo, tu gentileza;
y ella entonces su grandeza
mostró tan piadosa en mí,
que se alegró de que en ti
hubiese los ojos puesto,
y de casarnos muy presto
palabra también me dió,
luego que de mi entendió
que era tu amor tan honesto.
Yo pensé que se enojara
y la casa revolviera,
que a los dos nos despidiera,
y a los demás castigara;
más su sangre ilustre y clara,
y aquel ingenio, en efeto,
tus prendas le encarecí,
conoció lo que mereces.
¡Oh, bien haya amén mil veces
quien sirve a señor discreto!

TEODORO. ¿Que casarme prometió
contigo?

MARCELA. Pues ¿pones duda
que a su ilustre sangre acuda?

TEODORO (*Aparte.*)
Mi ignorancia me engañó.
¡Qué necio pensaba yo
que hablaba en mí la condesa!
De haber pensado me pesa
que pudo tenerme amor;
que nunca tan alto azor
se humilla a tan baja presa.

MARCELA. ¿Qué murmuras entre tí?

TEODORO. Marcela, conmigo habló.
pero no se declaró
en darme a entender que fuí
el que embozado salí
anoche de su aposento.

MARCELA. Fué discreto pensamiento,
por no obligarse al castigo
de saber que hablé contigo,
si no lo es el casamiento;
el castigo más piadoso
de dos que se quieren bien
es casarlos.

TEODORO. Dices bien,
y el remedio más honroso.

MARCELA. ¿Querrás tú?

TEODORO. Seré dichoso.

MARCELA. Confírmalo.
Con los brazos,
que son los rasgos y lazos
de la pluma del amor,
pues no hay rúbrica mejor
que la que firman los brazos.

ESCENA XX

DIANA, DICHOS.

DIANA. Esto se ha enmendado bien.
Agora estoy muy contenta;
que siempre a quien reprende
da gran gusto ver la enmienda.

No os turbéis ni os alteréis.

TEODORO. Dije, señora a Marcela
que anoche salí de aquí
con tanto disgusto y pena
de que vuestra señoría
imaginase en su ofensa
este pensamiento honesto
para casarme con ella,
que me he pensado morir,
y dándome por respuesta
que mostrabas en casarnos
tu piedad y tu grandeza,
dile mis brazos; y advierte
que si mentirte quisiera,
no me faltara un engaño;
pero no hay cosa que venza,
como decir la verdad,
a una persona discreta.

DIANA. Teodoro, justo castigo
la deslealtad mereciera
de haber perdido el respeto
a mi casa; y la nobleza
que usé anoche con los dos
no es justo que parte sea
a que os atreváis así;
que en llegando a desvergüenza
el amor, no hay privilegio
que al castigo le defienda.
Mientras no os casáis los dos,
mejor estará Marcela
cerrada en un aposento;
que no quiero yo que os vean
juntos las demás criadas,
y que por ejemplo os tengan
para casárseme todas.
¡Dorotea! ¡Ah, Dorotea!

ESCENA XXI

DOROTEA. DICHOS.

DOROTEA. Señora...

DIANA. Toma esta llave,
y en mi propia cuadra encierra

a Marcela; que estos días
podrá hacer labor en ella.
No diréis que esto es enojo.

DOROTEA. ¿Qué es esto, Marcela?

MARCELA. (*Aparte a ella.*)
Fuerza
de un poderoso tirano
y una rigurosa estrella.
Enciérrame por Teodoro.

DOROTEA. Cárcel aquí no la temas,
y para puertas de celos
tiene amor llave maestra.
(*Vanse Marcela y Dorotea.*)

ESCENA XXII

DIANA, TEODORO.

DIANA. En fin, Teodoro, ¿tú quieres
casarte?

TEODORO. Yo no quisiera
hacer cosa sin tu gusto;
y créeme que mi ofensa
no es tanta como te han dicho;
que bien sabes que con lengua
de escorpión pintan la envidia;
y que si Ovidio supiera
qué era servir, no en los campos,
no en las montañas desiertas
pintara su escura casa;
que aquí habita y aquí reina.

DIANA. Luego, ¿no es verdad que quieres
a Marcela?

TEODORO. Bien pudiera
vivir sin Marcela yo.

DIANA. Pues díceme que por ella
pierdes el seso.

TEODORO. Es tan poco,
que no es mucho que le pierda;
mas crea vuseñoría
que, aunque Marcela merezca
esas finezas, en mí
no ha habido tantas finezas.

DIANA. Pues ¿no le has dicho requiebros
tales que engañar pudieran
a mujer de más valor?
TEODORO. Las palabras poco cuestan.
DIANA. ¿Qué le has dicho por mi vida?
¿Cómo, Teodoro, requiebran
los hombres a las mujeres?
TEODORO. Como quien ama y quien ruega,
vistiendo de mil mentiras
una verdad, y esa apenas.
DIANA. Sí; pero ¿con qué palabras?
TEODORO Extrañamente me aprieta
vuseñoría. "Esos ojos
(le dije), esas niñas bellas,
son luz con que ven los míos;
y los corales y perlas
desa boca celestial"...
DIANA. ¿Celestial?
TEODORO. Cosas como estas
son la cartilla, señora,
de quien ama y quien desea.
DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro.
No te espantes de que pierdas
hoy el crédito conmigo,
porque sé yo que en Marcela
hay más defectos que gracias,
como la miro más cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
no tengo pocas pendencias
con ella... Pero no quiero
desenamorarte della;
que bien pudiera decirte
cosas... Pero aquí se quedan
sus gracias o sus desgracias;
que yo quiero que la quieras,
y que os caséis en buen hora.
Mas pues de amador te precias
dame consejo, Teodoro,
así a Marcela poseas,
para aquella amiga mía,
que ha días que no sosiega
de amores de un hombre humilde.
Porque si en quererle piensa,
ofende su autoridad;

y si de quererle deja,
pierde el juicio de celos;
que el hombre, que no sospecha
tanto amor, anda cobarde,
aunque es discreto, con ella.

TEODORO. Yo, señora, ¿sé de amor?
No sé por Dios cómo pueda
aconsejarte.

DIANA. ¿No quieres,
como dices, a Marcela?
¿No le has dicho esos requiebros?
Tuvieran lengua las puertas,
que ellas dijeran...

TEODORO. No hay cosa
que decir las puertas puedan.

DIANA. Ea, que ya te sonrojas,
y lo que niega la lengua,
confiesas con los colores.

TEODORO. Si ella te lo ha dicho, es necia.
Una mano le tomé,
y no me quedé con ella,
que luego se la volví;
no sé yo de qué se queja.

DIANA. Sí; pero hay manos que son
como la paz de la iglesia,
que siempre vuelven besadas.

TEODORO. Es necísima Marcela.
Es verdad que me atreví,
pero con mucha vergüenza,
a que templase la boca
con nieve y con azucenas.

DIANA. ¿Con azucenas y nieve?
Huelgo de saber que templa
ese emplasto el corazón.
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEODORO. Que si esa dama que dices
hombre tan bajo desea,
y de quererle resulta
a su honor tanta bajeza,
haga que con un engaño,
sin que la conozca, pueda
gozarle.

DIANA. Queda el peligro
de presumir que lo entienda.

¿No será mejor matarle?

TEODORO. De Marco Aurelio se cuenta
que dió a su mujer Faustina,
para quitarle la pena,
sangre de un esgrimidor;
pero estas romanas pruebas
son buenas entre gentiles.

DIANA. Bien dices; que no hay Lucrecias,
ni Torcuatos, ni Virginios
en esta edad; y en aquella
hubo Faustinas, Teodoro,
Mesalinas y Popeas.
Escríbeme algún papel
que a este propósito sea,
y queda con Dios. Adios.
(*Cae.*)
Aquí. ¿Qué me miras? Llega,
dame la mano.

TEODORO. El respeto
me detuvo de ofrecella.

DIANA. ¡Qué graciosa grosería!
¡Que con la capa la ofrezcas!

TEODORO. Así cuando vas a misa
te la da Octavio.

DIANA. Es aquella
mano que yo no le pido
y debe de haber setenta
años que fué mano, y viene
amortajada por muerta.
Aguardar quien ha caído
a que se vista de seda,
es como ir por un broquel
quien ve al amigo en pendencia;
que mientras baja, le han muerto.
Demás que no es bien que tenga
nadie por más cortesía,
aunque melindres lo aprueban,
que una mano, si es honrada,
traiga la cara cubierta.

TEODORO. Quiero estimar la merced
que me has hecho.

DIANA. Cuando seas
escudero, la darás

en el ferreruelo envuelta;
que agora eres secretario;
con que te he dicho que tengas
secreta aquesta caída,
si levantarte deseas.
(*Vase.*)

ESCENA XXIII

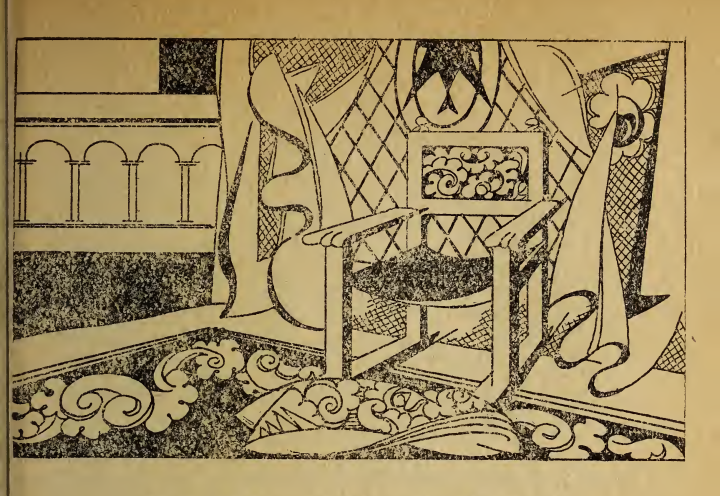
TEODORO.

TEODORO.

¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,
si miro que es mujer Diana hermosa.
Pidió mi mano, y la color de rosa,
al dársela, robó del rostro el miedo.
Tembló, yo lo sentí; dudoso quedo.
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;
si bien, por ser la empresa tan dudosa,
niego al temor lo que al valor concedo.
Mas dejar a Marcela es caso injusto;
que las mujeres no es razón que esperen
de nuestra obligación tanto disgusto.
Pero si ellas nos dejan cuando quieren
por cualquier interés o nuevo gusto,
mueran también como los hombres mueren.

TELON





ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

FEDERICO *y* RICARDO *en escena; llega* DIANA *y detrás* MARCELA *y* ANARDA, *con mantos.*

FEDERICO. (*A Diana.*)
Aquí aguardaba con deseo de veros.
DIANA. Señor conde, seáis muy bien hallado.
RICARDO. Y yo, señora, con el mismo agora
a acompañaros vengo y a serviros.
DIANA. Señor marqués, ¿qué dicha es esta mía?
¡Tanta merced!
RICARDO. Bien debe a mi deseo
Vueseñoría este cuidado.
FEDERICO. Creo
que no soy bien mirado y admitido.
Háblela; no me turbe. ¡Ay, Federico!
Quien sabe que no gustan de escucharle,
¿de qué te admiras que se turbe y calle?
(*Vanse.*)

ESCENA II

TEODORO, *solo.*

TEODORO.

Nuevo pensamiento mío,
devanecido en el viento,
que con ser mi pensamiento,
de veros volar me río.
Parad, detened el brío,
que os detengo y os provoco;
porque si el intento es loco,
de los dos lo mismo escucho,
aunque donde el premio es mucho,
el atrevimiento es poco.

ESCENA III

TRISTAN, TEODORO.

TRISTAN.

Si en tantas lamentaciones
cabe un papel de Marcela,
que contigo se consuela
de sus pasadas prisiones,
bien te le daré sin porte;
porque a quien no ha menester,
nadie le procura ver,
a la usanza de la corte.
¿Parécete que lavemos
en vinagre este papel?

TEODORO.

Contigo, necio, y con él
entrambas cosas tenemos.
Muestra; que vendrá lavado.
si en tus manos ha venido.
(*Lee.*)
"A Teodoro, mi marido"
¿Marido? ¡Qué necio enfado!
¡Qué necia cosa!

TRISTAN.

Es muy necia.

TEODORO.

Pregúntale a mi ventura
si, subida a tanta altura,
esas mariposas precia.

TRISTAN. Léele, por vida mía
aunque ya estés tan divino;
que no hace desprecio el vino
de los mosquitos que cría;
que yo sé cuando Marcela,
que llamas ya mariposa,
era águila caudalosa.
TEODORO. El pensamiento, que vuela
a los mismos cercos de oro
del sol, tan baja la mira,
que aun de que la ve se admira.
TRISTAN. Hablas con justo decoro
mas ¿qué haremos del papel?
TEODORO. Esto.
(*Lo rompe.*)
TRISTAN. ¿Rasgástele?
TEODORO. Sí.
TRISTAN. ¿Por qué, señor?
TEODORO. Porque así
respondí más presto a él.
TRISTAN. Ese es injusto rigor.
TEODORO. Ya soy otro; no te espantes.
TRISTAN. Basta, que sois los amantes
boticarios del amor;
que, como ellos las recetas
vais ensartando papeles.
Récipe ausencia, tomad
agua de azules violetas.
Récipe un desdén extraño,
Sirupi del *Borrajorum,*
con que la sangre *Templorum,*
para asegurar el daño.
Récipe ausencia, tomad
un emplasto para el pecho;
que os hiciera más provecho
estaros en la ciudad.
Récipe de matrimonio:
allí es menester jarabes,
y tras diez días suaves
purgalle con antimonio.
Récipe *Signum Celeste,*
que *Capricornius Dicetur*:
ese enfermo *Morietur*
si no es que paciencia preste.

Récipe que de una tienda
joya o vestido Sacabis
con tabletas *Confortabis*
la bolsa que tal emprenda.
A esta traza, finalmente,
van todo el año ensartando.
Llega la paga: en pagando,
o viva o muera el doliente,
se rasga todo papel.
Tú la cuenta has acabado,
y el de Marcela has rasgado
sin saber lo que hay en él.

TEODORO. Ya tú debes de venir
con el vino de otras veces.

TRISTAN. Pienso que te desvaneces
con lo que intentas subir.

TEODORO. Tristán, cuantos han nacido
su ventura han de tener;
no saberla conocer
es el no haberla tenido.
O morir en la porfía,
o ser conde de Belflor.

TRISTAN. César, llamaron, señor,
a aquel duque que traía.
escrito por gran blasón;
"César o nada" y, en fin,
tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su pretensión
escribió una pluma airada;
"César o nada, dijiste,
y todo, César, lo fuiste,
pues fuiste, César y nada".

TEODORO. Pues, tomo, Tristán, la empresa,
y haga después la fortuna
lo que quisiera.

ESCENA IV

MARCELA *y* DOROTEA *sin reparar en* TEODORO *y* TRISTAN.

DOROTEA. Si a alguna
de tus desdichas le pesa,
de todas las que servimos
a la condesa, soy yo.

MARCELA. En la prisión que medió,
tan justa amistad hicimos,
y yo me siento obligada
de suerte, mi Dorotea,
que no habrá amiga que sea
más de Marcela estimada.
Anarda piensa que yo
no sé como quiere a Fabio,
pues de ella nació mi agravio;
que a la condesa contó
los amores de Teodoro.

DOROTEA. Teodoro está aquí.

MARCELA. ¡Mi bien!

TEODORO. Marcela, el paso detén.

MARCELA. ¿Cómo, mi bien, si te adoro,
cuando a mis ojos te ofreces?

TEODORO. Mira lo que haces y dices;
que en palació los tapices
han hablado algunas veces.
¿De qué piensas que nació
hacer figuras en ellos?,
de avisar que detrás de ellos
siempre algún vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
a un rey su padre dió voces,
figuras que no conoces
pintadas sabrán hablar.

MARCELA. ¿Has leído mi papel?
Sin leerle le he rasgado,
que estoy tan escarmentado
que rasgué mi amor con él.

MARCELA. ¿Son los pedazos aquestos?

TEODORO. Sí, Marcela.

MARCELA. Y ya ¿mi amor
has rasgado?

TEODORO. ¿No es mejor
que vernos por puntos puestos
en peligros tan extraños?
Si tú de mi intento estás,
no tratemos de esto más,
para excusar tantos daños.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que estoy dispuesto
a no darle más enojos

a la condesa.

MARCELA. En los ojos
tuve muchas veces puesto
el temor de esta verdad.

TEODORO. Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
el amor, no la amistad.

MARCELA. ¿Tú dices eso, Teodoro,
a Marcela?

TEODORO. Yo lo digo;
que soy de quietud amigo,
y de guardar el decoro
a la casa que me ha dado
el ser que tengo.

MARCELA. Oye, advierte.

TEODORO. Déjame.

MARCELA. ¿De aquesta suerte
me tratas?

TEODORO. ¡Qué necio enfado!
(*Vase.*)

ESCENA V

MARCELA, DOROTEA, TRISTAN.

MARCELA. ¡Ah, Tristán, Tristán!

TRISTAN. ¿Qué quieres?

MARCEAA. ¿Qué es esto?

TRISTAN. Una mudancita;
que a las mujeres imita
Teodoro.

MARCELA. ¿Cuáles mujeres?

TRISTAN. Unas de azúcar y miel.

MARCELA. Dile...

TRISTAN. No me digas nada;
que soy vaina de esta espada.
(*Vase.*)

ESCENA VI

MARCELA, DOROTEA.

MARCELA. ¿Qué piensas de esto?
DOROTEA. No sé;
que a hablar no me atrevo.
MARCELA. ¿No?
pues yo hablaré.
DOROTEA. Pues yo no.
MARCELA. Pues yo sí.
DOROTEA. Mira que fué
bueno el aviso, Marcela,
de los tapices que miras.
MARCELA. Amor en celosas iras
ningún peligro recela.
A no saber cuán altiva
es la condesa, dijera
que Teodoro en algo espera,
porque no sin causa priva
tanto estos días Teodoro.
DOROTEA. Calla; que estás enojada.
MARCELA. Mas yo me veré vengada....
Ni soy tan necia que ignoro
las tretas de hacer pesar.

ESCENA VII

FABIO, DICHAS.

FABIO. ¿Está el secretario aquí?
MARCELA. ¿Es por burlarte de mí?
FABIO. Por Dios, que le ando a buscar;
que le llama mi señora.
MARCELA. Fabio, que sea o no sea,
pregúntale a Dorotea
cual puse a Teodoro agora.
¿No es majadero cansado
este secretario nuestro?
FABIO. ¡Qué engaño tan necio el vuestro!

¿Querréis que esté deslumbrado
de lo que los dos tratáis?
¿Es concierto de los dos?

MARCELA. ¿Concierto? ¡Bueno!

FABIO. Por Dios,
que pienso que me engañáis;

MARCELA. Confieso, Fabio, que oí
las locuras de Teodoro;
mas yo sé que a un hombre adoro
harto parecido a ti.

FABIO. ¿A mí?

MARCELA. Pues ¿no te pareces
a ti?

FABIO. Pues ¡a mí, Marcela!

MARCELA. Si te hablo con cautela,
Fabio, si no me enloqueces,
si tu talle no me agrada,
si no soy tuya, mi Fabio,
máteme el mayor agravio,
que es el querer despreciada.

FABIO. Es engaño conocido
o tú te quieres morir,
pues quieres restituir
el alma que me has debido.
Si es burla o es invención,
¿a qué camina tu intento?

DOROTEA. Fabio, ten atrevimiento
y aprovecha la ocasión,
que hoy te ha de querer Marcela
por fuerza.

FABIO. Por voluntad
fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA. Teodoro, más alto vuela;
de Marcela se descarta.

FABIO. Marcela, a buscarte voy.
Bueno en sus desdenes soy,
si amor te conviene en carta,
el sobreescrito a Teodoro
y en su ausencia denla a Fabio.
Mas yo perdono el agravio,
aunque ofenda mi decoro,
y despacio te hablaré,
siempre tuyo en bien o en mal.
(*Vase.*)

ESCENA VIII

MARCELA, DOROTEA.

DOROTEA. ¿Qué has hecho?

MARCELA. No sé; estoy tal.
que de mí misma no sé.
Anarda ¿no quiere a Fabio?

DOROTEA. Sí quiere.

MARCELA. Pues de los dos
me vengo; que amor es dios
de la envidia y del agravio.

ESCENA IX

DIANA, ANARDA, DICHAS.

ANARDA. (*Aparte a Diana.*)
Esta ha sido la ocasión;
no me reprendas ya más.

DIANA. La disculpa que me das
me ha puesto en más confusión.

ANARDA. Marcela está aquí, señora,
hablando con Dorotea.

DIANA. Pues no hay disgusto que sea
para mí mayor agora.
Salte allá fuera, Marcela.

MARCELA. Vamos, Dorotea, de aquí.
(*Aparte.*)
Bien digo yo que de mí
o se enfada o se recela.
(*Vanse Marcela y Dorotea.*)

ESCENA X

DIANA. ANARDA.

ANARDA. ¿Puédote hablar?
DIANA. Ya bien puedes.
ANARDA. Los dos que de aquí se van
ciegos de tu amor están;
tú en desdeñarlos excedes
la condición de Anajarte,
la castidad de Lucrecia,
y quien a tantos desprecia...
DIANA. Ya me canso de escucharte.
ANARDA. ¿Con quién te piensas casar?
¿No puede el marqués Ricardo,
por generoso y gallardo,
si no exceder, igualar
al más poderoso y rico?
Y la más noble mujer
¿también no lo puede ser
de tu primo Federico?
¿Por qué los has despedido
con tan extraño desprecio?
DIANA. Porque uno es loco, otro necio,
y tú, en no haberme entendido,
más, Anarda, que los dos.
No los quiero, porque quiero,
y quiero porque no espero
remedio.
ANARDA. ¡Válgame Dios!
¿Tú quieres?
DIANA. ¿No soy mujer?
ANARDA. Sí, pero imagen de hielo,
donde el mismo sol del cielo
podrá tocar y no arder.
DIANA. Pues esos hielos, Anarda,
dieron todos a los pies
de un hombre humilde.
ANARDA. ¿Quién es?
DIANA. La vergüenza me acobarda,
que de mi propio valor
tengo; no diré su nombre;

basta que sepas que es hombre
que puede infamar mi honor.

ANARDA. Si Pasife quiso un toro,
Semiramis un caballo,
y otras los monstruos que callo
por no infamar su decoro,
¿qué ofensa te puede hacer
querer hombre, sea quien fuere?

DIANA. Quien quiere, puede, si quiere,
como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor; yo quiero
no querer.

ANARDA. ¿Podrás?

DIANA. Podré;
que si cuando quise amé,
no amar en queriendo espero.
(*Tocan dentro.*)
¿Quién canta?

ANARDA. Fabio con Clara.

DIANA. ¡Ojalá que me diviertan!

ANARDA. Música y amor conciertan
bien; en la canción repara.
(*Cantan dentro.*)
(¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese
que en no queriendo amar aborreciese!
¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera
que en no queriendo amar aborreciera!)

ANARDA. ¿Qué te dice la canción?
¿No ves que te contradice?

DIANA. Bien entiendo lo que dice;
mas yo sé mi condición
y sé que estará en mi mano,
como amar, aborrecer.

ANARDA. Quien tiene tanto poder
pasa del límite humano.

ESCENA XI

TEODORO, DICHAS.

TEODORO. Fabio me ha dicho, señora,
que le mandaste buscarme.

DIANA. Horas ha que te deseo.

TEODORO. Pues ya vengo a que me mandes,
y perdona si he faltado.

DIANA. Ya has visto estos dos amantes...
estos dos mis pretendientes.

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Buenos talles
tienen los dos.

TEODORO. Y muy buenos.

DIANA. No quiero determinarme
sin tu consejo. ¿Con cuál
te parece que me case?

TEODORO. Pues, ¿qué consejo, señora,
puedo yo en las cosas darte
que consisten en tu gusto?
Cualquiera que quieras darme
por dueño, será el mejor.

DIANA. Mal pagas el estimarte
por consejero, Teodoro,
en caso tan importante.

TEODORO. Señora, en casa ¿no hay viejos
que entienden de casos tales?
Octavio, tu mayordomo,
con experiencia lo sabe,
fuera de su larga edad.

DIANA. Quiero yo que a ti te agrade
el dueño que has de tener.
¿Tiene el marqués mejor talle
que mi primo?

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Pues elijo al marqués: parte
y pídele las albricias.
(*Vanse la condesa y Anarda.*)

ESCENA XII

TEODORO.

TEODORO. ¿Hay desdicha semejante?
¿Hay resolución tan breve?
¿Hay mudanza tan notable?
¿Estos eran los intentos
que tuve? ¡Oh, sol, abrasadme
las alas con que subí,

pues vuestro rayo deshace
las mal atrevidas plumas
a la belleza de un ángel!
Cayó Diana en su error.
¡Oh, qué mal hice en fiarme
de una palabra amorosa!
Amor se engendra de iguales;
y pues en aire nacistes,
quedad convertido en aire;
que donde méritos faltan,
los que piensan subir, caen.

ESCENA XIII

FABIO, TEODORO

FABIO. ¿Hablaste ya con mi señora?
TEODORO. Agora, Fabio, la hablé, y estoy con gran [contento
porque ya la condesa, mi señora,
rinde su condición al casamiento.
Los dos que viste, cada cual la adora;
mas ella, con su raro entendimiento,
al marqués escogió.
FABIO. Discreta ha sido.
TEODORO. Que gane las albricias me ha pedido;
mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,
Fabio, aqueste provecho: parte presto
y pídelas por mí.
FABIO. Si debo amarte,
muestra la obligación en que me has puesto.
Voy como un rayo y volveré a buscarte,
satisfecho de ti, contento desto.
Y alábese el marqués; que ha sido empresa
de gran valor rendirse la condesa.
(*Vase.*)

ESCENA XIV

TRISTAN, TEODORO

TRISTAN. Turbado a buscarte vengo.
¿Es verdad lo que me han dicho?
TEODORO. ¡Ay, Tristán!, verdad será
si son desengaños míos.

TRISTAN. Ya, Teodoro, en las dos sillas
los dos batanes he visto
que molieron a Diana;
pero que hubiese elegido,
hasta agora, no lo sé.

TEODORO. Pues, Tristán, agora vino
ese tornasol mudable,
esa veleta, ese vidrio,
ese río junto al mar,
que vuelve atrás, aunque es río;
esa Diana, esa luna,
esa mujer, ese hechizo,
ese monstruo de mudanzas,
que sólo perderme quiso
por afrentar sus victorias;
y que dijese me dijo
cuál de los dos me agradaba,
porque sin consejo mío
no se pensaba casar.
Quedé muerto, y tan perdido,
que no responder locuras
fué de mi locura indicio.
Díjome, en fin, que el marqués
le agradaba y que yo mismo
fuese a pedir las albricias.

TRISTAN. Ella, en fin, ¿tiene marido?

TEODORO. El marqués Ricardo.

TRISTAN. Pienso
que, a no verte sin juicio,
y porque dar aflicción
no es justo a los afligidos,
que agora te diera vaya
de aquel pensamiento altivo
con que a ser conde aspirabas.

TEODORO. Si aspiré, Tristán, ya expiro.

TRISTAN. La culpa tienes de todo.

TEODORO. No lo niego; que yo he sido
fácil en creer los ojos
de una mujer.

TRISTAN. Yo te digo
que no hay vasos de veneno,
a los mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos

de una mujer.

TEODORO. De corrido,
te juro, Tristán, que apenas
puedo levantar los míos.
Esto pasó, y el remedio
es sepultar en olvido
el suceso y el amor.

TRISTAN. ¡Qué arrepentido y contrito
has de volver a Marcela!

TEODORO. Presto seremos amigos.

ESCENA XV

MARCELA, *sin reparar en* TEODORO *y* TRISTAN

MARCELA. (*Para sí.*)

¡Qué mal que finge amor quien no lo tiene;
qué mal puede olvidarse amor de un año,
pues mientras más el pensamiento engaño,
más atrevido a la memoria viene!
Pero si es fuerza y al honor conviene,
remedio suele ser del desengaño
curar el propio amor amor extraño;
que no es poco remedio el que entretiene.
Mas, ¡ay!, que imaginar que puede amarse
en medio de otro amor, es atreverse
a dar mayor venganza por vengarse.
Mejor es esperar que no perderse;
que suele alguna vez, pensando helarse
amor, con los remedios encenderse.

TEODORO. Marcela...

MARCELA. ¿Quién es?

TEODORO. Yo soy.
¿Así te olvidas de mí?

MARCELA. Y tan olvidada estoy,
que a no imaginar en ti
fuera de mí misma voy.
Porque si en mí misma fuera,
te imaginara y te viera;
que para no imaginarte,
tengo el alma en otra parte,
aunque olvidarte no quiera.

¿Cómo me osaste nombrar?
¿Cómo cupo en esa boca
mi nombre?

TEODORO. Quise probar
tu firmeza, y es tan poca,
que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
tu cuidado en un sujeto
que mi amor sustituyó.

MARCELA. Nunca, Teodoro, el discreto
mujer ni vidrio probó.
Mas no me des a entender
qué prueba quisiste hacer;
yo te conozco, Teodoro:
unos pensamientos de oro
te hicieron enloquecer.
¿Cómo te va? ¿No te salen
como tú los imaginas?
¿No te cuestan lo que valen?
¿No hay dichas que las divinas
partes de tu dueño igualen?
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
Turbado, Teodoro, vienes.
¿Mudóse aquel vendaval?
¿Vuelves a buscar tu igual,
o te burlas y entretienes?
Confieso que me holgaría
que dieses a mi esperanza,
Teodoro, un alegre día.

TEODORO. Si le quieres con venganza,
¿qué mayor, Marcela mía?
Pero mira que el amor
es hijo de la nobleza:
no muestres tanto rigor;
que es la venganza bajeza
indigna del vencedor.
Venciste: yo vuelvo a ti,
Marcela; que no salí
con aquel mi pensamiento.
Perdona el atrevimiento,
si ha quedado amor en ti.
No porque no puede ser
proseguir las esperanzas

	con que te pude ofender,
	más porque en estas mudanzas
	memorias me hacen volver.
	Sean, pues, estas memorias
	parte a despertar la tuya,
	pues confieso tus victorias.
MARCELA.	No quiera Dios que destruya
	los principios de tus glorias.
	Sirve, bien haces, porfía,
	no te rindas; que dirá
	tu dueño que es cobardía.
	Sigue tu dicha; que ya
	voy prosiguiendo la mía.
	No es agravio amar a Fabio,
	pues me dejaste, Teodoro,
	sino el remedio más sabio;
	que aunque el dueño no mejoro,
	basta vengar el agravio.
	Y quédate a Dios; que ya
	me cansa el hablar contigo;
	no venga Fabio, que está
	medio casado conmigo.
TEODORO.	Tenla, Tristán, que se va.
TRISTAN.	Señora, señora, advierte
	que no es volver a quererte
	dejar de haberte querido.
	Disculpa el buscarte ha sido,
	si ha sido culpa ofenderte.
	Oyeme, Marcela a mí.
MARCELA.	¿Qué quieres, Tristán?
TRISTAN.	Espera.

ESCENA XVI

DIANA, ANARDA, TEODORO, MARCELA *y* TRISTAN, *sin verlas.*

DIANA.	(*Aparte.*)
	¡Teodoro y Marcela aquí!
ANARDA.	Parece que el ver te altera
	que estos dos se hablen así.
DIANA.	Toma, Anarda, esa antepuerta,
	y cubrámonos las dos.
	(Amor con celos despierta.)

MARCELA. Déjame, Tristán, por Dios.
ANARDA. Tristán a los dos concierta, que deben estar reñidos.
DIANA. El alcahuete lacayo me ha quitado los sentidos.
TRISTAN. No pasó más presto el rayo que por sus ojos y oídos pasó la necia belleza desa mujer que le adora. Ya desprecia su riqueza; que más riqueza atesora tu gallarda gentileza. Haz cuenta que fué cometa aquel amor. Ven acá, Teodoro.
DIANA. (*Aparte.*) ¡Brava estafeta es el lacayo!
TEODORO Si ya Marcela, a Fabio sujeta, dice que le tiene amor, ¿por qué me llamas, Tristán?
TRISTAN. ¡Otro enojado!
TEODORO. Mejor los dos casarse podrán.
TRISTAN. ¿Tú también? ¡Bravo rigor! Ea, acaba, llega pues, dame esa mano, y después que se hagan las amistades.
TEODORO. Necio, ¿tú me persuades?
TRISTAN. Por mí quiero que le des la mano esta vez, señora.
TEODORO. ¿Cuándo he dicho yo a Marcela que he tenido a nadie amor? Y ella me ha dicho...
TRISTAN. Es cautela para vengar tu rigor.
MARCELA. No es cautela, que es verdad.
TRISTAN. Calla, boba. Ea, llegad. ¡Qué necios estáis los dos!
TEODORO. Yo rogaba; mas por Dios, que no he de hacer amistad.
MARCELA. Pues a mí me pase un rayo.

TRISTAN. No jures.

MARCELA. (*Aparte a Tristán.*)
Aunque le muestro
enojo yo me desmayo.

TRISTAN. Pues tente firme.

DIANA. (*Aparte.*)
¡Qué diestro
está el bellaco lacayo!

MARCELA. Déjame, Tristán, que tengo
que hacer.

TEODORO. Déjala, Tristán.

TRISTAN. Por mí, vaya.

TEODORO. Tenla.

MARCELA. Vengo
mi amor.

TRISTAN. ¿Cómo no se van
ya? Que a ninguno detengo.

MARCELA. ¡Ay, mi bien!, no puedo irme.

TEODORO. Ni yo, porque no es tan firme
ninguna roca en el mar.

MARCELA. Los brazos te quiero dar.

TEODORO. Y yo a los tuyos asirme.

TRISTAN Si yo no era menester,
¿por qué me hicistes cansar?

ANARDA. (*Aparte a la condesa.*)
¿Desto gustas?

DIANA. Vengo a ver
lo poco que hay que fiar
de un hombre y una mujer.

TEODORO. ¡Ay! ¡que me has dicho de afrentas!

TRISTAN. Yo he salido ya, con veros
juntar las almas contentas;
que es desgracia de terceros
no se concertar las ventas.

MARCELA. Si te trocare, mi bien,
por Fabio ni por el mundo,
que tus agravios me den
la muerte...

TEODORO. Hoy de nuevo fundo,
Marcela, mi amor también;
y si te olvidare digo
que me dé el cielo en castigo
el verte en brazos de Fabio.

MARCELA. ¿Quieres deshacer mi agravio?
TEODORO. ¿Qué no haré por ti y contigo?
MARCELA. Di que todas las mujeres
son feas.
TEODORO. Contigo, es claro.
Mira qué otra cosa quieres.
MARCELA. En ciertos celos reparo,
ya que tan mi amigo eres;
que no importa que esté aquí
Tristán.
TRISTAN. Bien podéis por mí
aunque de mí mismo sea.
MARCELA. Di que la condesa es fea.
TEODORO. Y un demonio para mí.
MARCELA. ¿No es necia?
TEODORO. Por todo extremo.
MARCELA. ¿No es bachillera?
TEODORO. Es cuitada.
DIANA. (*Aparte a Anarda.*)
Quiero estorbarlos; que temo
que no reparen en nada,
y aunque me hielo, me quemo.
ANARDA. ¡Ay, señora!, no haga tal.
TRISTAN. Cuando queráis decir mal
de la condesa y su talle,
a mí me oid.
DIANA ¿Escuchalle
podré desvergüenza tal?
TRISTAN. Lo primero...
DIANA. (*Aparte.*)
Yo no aguardo
a lo segundo; que fuera
necedad.
MARCELA. Voyme, Teodoro.
(*Adelantanse Diana y Anarda; Marcela, hace una reverencia a la condesa y se va.*)
DIANA. Teodoro...
TEODORO. Señora, advierte...
TRISTAN, (*Aparte.*)
El cielo a tronar comienza:
no pienso aguardar los rayos.
(*Vase.*)

ESCENA XVII

DIANA, TEODORO, ANARDA

DIANA. Anarda, un bufete llega.
Escribiráme Teodoro
una carta de su letra,
pero notándola yo.

TEODORO. (*Aparte.*)
Todo el corazón me tiembla.
¿Si oyó lo que hablado habemos?

DIANA. (*Aparte.*)
Bravamente amor despierta
con los celos a los ojos.
¡Que aqueste amase a Marcela,
y que yo no tenga partes
para que también me quiera!
¡Que se burlasen de mí!

TEODORO. (*Aparte.*)
Ella murmura y se queja;
bien digo yo que en palacio,
para que a callar aprenda,
tapices tienen oídos,
y paredes tienen lenguas.

ANARDA. Este pequeño he traído,
y tu escribanía.

DIANA. Llega,
Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO. (*Aparte.*)
Hoy me mata o me destierra.

DIANA. Escribe.

TEODORO. Di.

DIANA. No estás bien
con la rodilla en la tierra;
ponle, Anarda, una almohada.

TEODORO. Yo estoy bien.

DIANA. Pónsela, necia.

TEODORO. (*Aparte.*)
No me agrada este favor
sobre enojos y sospechas;

que quien honra las rodillas,
cortar quiere la cabeza.
Yo aguardo.

DIANA. Yo digo así:

TEODORO. (*Aparte.*)
Mil cruces hacer quisiera.

(*Siéntase la condesa en una silla alta; ella dicta y él va escribiendo.*)

DIANA. "Cuando una mujer principal se ha declarado con un hombre humilde, eslo mucho el término de volver a hablar con otra; mas quien no estima su fortuna, quédese para necio."

TEODORO. ¿No dices más?

DIANA. ¿Pues qué más?
El papel, Teodoro, cierra.

ANARDA. (*Aparte a Diana.*)
¿Qué es esto que haces, señora?

DIANA. Necedades de amor llenas.

ANARDA. Pues, ¿a quién tienes amor?

DIANA. ¿Aun no lo conoces, bestia?
Pues yo sé que lo murmuran
de mi casa hasta las piedras.

TEODORO. Ya el papel está cerrado;
sólo el sobrescrito resta.

DIANA. Pon, Teodoro, para ti,
y no lo sepa Marcela;
que quizá lo entenderás
cuando despacio lo leas.
(*Vanse la condesa y Anarda.*)

ESCENA XVIII

TEODORO *y luego* MARCELA

TEODORO. ¡Hay confusión tan extraña!
¡Que aquesta mujer me quiera
con pausas, como sangría,
y que tenga intercadencias
el pulso de amor tan grandes!
(*Sale Marcela.*)

MARCELA. ¿Qué te ha dicho la condesa,
mi bien?, que he estado temblando
detrás de aquella antepuerta.

TEODORO. Díjome que te quería
casar con Fabio, Marcela;
y este papel que escribí
es que despacha a su tierra
por los dineros del dote.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Sólo que sea
para bien, y pues te casas,
que de burlas ni de veras
tomes mi nombre en tu boca.

MARCELA. Oye.

TEODORO. Es tarde para quejas.
(*Vase.*)

ESCENA XIX

MARCELA. No, no puedo yo creer
que aquesta la ocasión sea.
Favores de aquesta loca
le han hecho dar esta vuelta;
que él está como arcaduz,
que cuando baja, le llena
del agua de su favor,
y cuando sube, le mengua.
¡Ay, de mí, Teodoro ingrato,
que luego que su grandeza
te toca al arma, me olvidas!
Cuando te quiere me dejas,
cuando te deja me quieres.
¿Quién ha de tener paciencia?

ESCENA XX

RICARDO, FABIO, MARCELA.

RICARDO. No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.

FABIO. Dile presto, Marcela, a mi señora
que está el marqués aquí.

MARCELA. (*Aparte.*)
Celos tiranos,
celos crueles. ¿Qué queréis ahora,
tras tantos locos pensamientos vanos?

FABIO. ¿No vas?
MARCELA. Ya voy.
FABIO. Pues dile que ha venido
nuestro nuevo señor y su marido.
(*Vase Marcela.*)

ESCENA XXI

RICARDO, FABIO.

RICARDO. Id, Fabio, a mi posada, que mañana
os daré mil escudos y un caballo
de la casta mejor napolitana.
FABIO. Sabré, si no servillo, celebrallo.
RICARDO. Esto es principio sólo; que Diana
os tiene por criado y por vasallo,
y yo por sólo amigo.
FABIO. Esos pies beso.
RICARDO. No pago así; la obligación confieso.

ESCENA XXII

DIANA DICHOS

DIANA. ¡Vuseñoría aquí!
RICARDO. Pues ¿no es justo,
si me enviáis con Fabio tal recado,
y que después de aquel mortal disgusto.
me elegís por marido y por criado?
Dadme esos pies, que de manera el gusto
de ver mi amor en tan dichoso estado
me vuelve loco, que le tengo en poco,
si me contento con volverme loco.
¿Cuándo pensé, señora, mereceros,
ni llegar a más bien que desearos?
DIANA. No acierto, aunque lo intento, a responde- [ros.
¡Yo he enviado a llamaros? O ¿es burlaros?
RICARDO. Fabio, ¿qué es esto?
FABIO. ¿Pude yo traeros
sin ocasión agora, ni llamaros,

menos que de Teodoro prevenido?

DIANA. Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.
Oyóme anteponer a Federico
vuestra persona, como primo hermano
y caballero generoso y rico,
y presumió que os daba ya la mano.
A vuestra señoría le suplico
perdone aquestos necios.

RICARDO. Fuera en vano
dar a Fabio perdón, si no estuviera
adonde vuestra imagen le valiera.
Bésoos los pies por el favor y espero
que ha de vencer mi amor esta porfía.
(*Vase.*)

DIANA. ¿Paréceos bien aquesto, majadero?

FABIO. ¿Por qué me culpa a mí vueseñoría?

DIANA. Llamad luego a Teodoro. (*Aparte.*) ¡Qué ligero
este cansado pretensor venía,
cuando me matan celos de Teodoro!

FABIO. (*Aparte.*)
Perdí el caballo y mil escudos de oro.
(*Vase.*)

ESCENA XXIII

DIANA.

DIANA. ¿Qué me quieres, amor? Ya ¿no tenía
olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres?
Pero responderás que tú no eres,
sino tu sombra que detrás venía.
¡Oh celos! ¿Qué no hará vuestra porfía?
Malos letrados sois con las mujeres,
pues jamás os pidieron pareceres
que pudiese el honor guardarse un día.
Yo quiero a un hombre bien; mas se me acuerda
que yo soy mar y que es humilde barco,
y que es contra razón que el mar se pierda.
En gran peligro, amor, el alma embarco;
mas si tanto el honor tira la cuerda,
por Dios, que temo que se rompa el arco.

ESCENA XXIV

TEODORO, FABIO, DIANA

FABIO. *(Aparte a Teodoro.)*
Pensó matarme el marqués;
pero, la verdad diciendo,
más sentí los mil escudos.

TEODORO. Yo quiero darte un consejo.

FABIO. ¿Cómo?

TEODORO. El conde Federico
estaba perdiendo el seso
porque el marqués se casaba.
Parte y dí que el casamiento
se ha deshecho, y te dará
esos mil escudos luego.

FABIO. Voy como un rayo.

TEODORO. Camina.

(Vase Fabio.)

ESCENA XXV

DIANA, TEODORO.

TEODORO. ¿Llamábasme?

DIANA. Bien ha hecho
ese necio en irse ahora.

TEODORO. Una hora he estado leyendo
tu papel, y bien mirado,
señora, tu pensamiento,
hallo que mi cobardía
procede de tu respeto;
pero que ya soy culpado
en tenerle, como necio,
a tus muchas diligencias;
aquí, a decir me resuelvo
que te quiero, y que es disculpa
que con respeto te quiero.
Temblando estoy, no te espantes.

DIANA. Teodoro, yo te lo creo.
¿Por qué no me has de querer,
si soy tu señora y tengo
tu voluntad obligada,
pues te estimo y favorezco
más que a los otros criados?

TEODORO. Ese lenguaje no entiendo.

DIANA. No hay más que entender, Teodoro,
ni pasar el pensamiento
un átomo desta raya.
Enfrena cualquier deseo;
que de una mujer, Teodoro,
tan principal, y más siendo
tus méritos tan humildes,
basta un favor muy pequeño
para que toda la vida
vivas honrado y contento.

TEODORO. Cierto que vuseñoría
(perdóneme si me atrevo)
tiene en el juicio a veces,
que no en el entendimiento,
mil lucidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
haberme dado esperanzas
que en tal estado me han puesto
pues del peso de mis dichas
caí, como sabe, enfermo
casi un mes en una cama.
Luego ¿qué trata más desto
si cuando ve que me enfrío
se abrasa de vivo fuego,
y cuando ve que me abraso
se hiela de puro hielo?
Déjárame con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
del perro del hortelano.
No quiere, abrasada en celos,
que me case con Marcela
y en viendo que no la quiero,
vuelve a quitarme el juicio,
y a despertarme si duermo.
Pues coma o deje comer;
porque yo no me sustento
de esperanzas tan cansadas;

que si no, desde aquí vuelvo
a querer donde me quieren.

DIANA. Eso, no, Teodoro; advierto
que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sujeto
pon los ojos; que en Marcela
no hay remedio.

TEODORO. ¿No hay remedio?
Pues ¿quiere vuseñoría
que, si me quiere y la quiero,
ande a probar voluntades?
¿Tengo yo de tener puesto,
adonde no tengo gusto,
mi gusto por el ajeno?
Yo adoro a Marcela, y ella
me adora, y es muy honesto
este amor.

DIANA. ¡Pícaro. infame!
Haré yo que os maten luego.

TEODORO. ¿Qué hace vuseñoría?

DIANA. Daros, por sucio y grosero,
estos bofetones.

ESCENA XXVI

FEDERICO, FABIO, DICHOS

FABIO. (*Aparte a Federico.*)
Tente.

FEDERICO. Bien dices, Fabio; no entremos.
Pero mejor es llegar.
Señora mía, ¿qué es esto?

DIANA. No es nada: enojos que pasan
entre criados y dueños.

FEDERICO. ¿Quiere vuestra señoría
alguna cosa?

DIANA. No quiero
más de hablaros en las mías.

FEDERICO. Quisiera venir a tiempo,
que os hallara con más gusto.

DIANA. Gusto, Federico, tengo;
que aquestas son niñerías.
Entrad y sabréis mi intento
en lo que toca al marqués.
(*Vase.*)

ESCENA XXVII

FEDERICO, FABIO, TEODORO.

FEDERICO. Fabio...
FABIO. Señor...
FEDERICO. Yo sospecho
que en estos disgustos hay
algunos gustos secretos.
FABIO. No sé, por Dios. Admirado
de ver, señor conde, quedo
tratar tan mal a Teodoro;
cosa que jamás ha hecho
la condesa mi señora.
FEDERICO. Bañóle de sangre el lienzo.
(*Vanse Federico y Fabio.*)

ESCENA XXVIII

TEODORO

TEODORO. Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres
amor, que tengan desatinos tales?
Si así quieren mujeres principales,
furias las llamo yo; que no mujeres.
Si la grandeza excusa los placeres
que iguales pueden ser en desiguales,
¿por qué, enemiga, de crueldad te vales,
y por matar a quien adoras, mueres?
¡Oh, mano poderosa de matarme!
¡Quién te besara entonces, mano hermosa,
agradecido al dulce castigarme!
No te esperaba yo tan rigurosa;
pero si me castigas por tocarme,
tú sola hallaste gusto en ser celosa.

ESCENA XXIX

TRISTAN. TEODORO.

TRISTAN. Siempre tengo que venir
acabados los sucesos.
Parezco espada cobarde.

TEODORO. ¡Ay, Tristán!

TRISTAN. Señor, ¿qué es esto?
¡Sangre en el lienzo!

TEODORO. Con sangre
quiere amor que de los celos
entre la letra.

TRISTAN. Por Dios;
que han sido celos mũy recios

TEODORO. No te espantes; que está loca
de un amoroso deseo,
y como el ejecutarle
tiene su amor por desprecio,
quiere deshacer mi rostro,
porque es mi rostro el espejo
adonde mira su honor,
y véngase en verlo feo.

TRISTAN. Señor, que Juana o Lucía
cierren conmigo por celos.
y me rompan con las uñas
el cuello que ellas me dieron;
pero que tan gran señora
se pierda tanto el respeto
a sí misma, es vil acción.

TEODORO. No sé, Tristán; pierdo el seso
de ver que me está adorando,
y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo
ni de Marcela; y si dejo
de mirarla, luego busca
para hablarme algún enredo,
No dudes: naturalmente
es del hortelano el perro.
Ni come ni comer deja,
ni está fuera ni está dentro.

TRISTAN. Contáronme que un doctor
catedrático y maestro,
tenía un ama y un mozo
que siempre andaban riñendo.
Reñían a la comida,
a la cena, y hasta el sueño
le quitaban con sus voces;
que estudiar, no había remedio.
Estando en lección un día,
fuéle forzoso corriendo
volver a casa, y entrando
de improviso en su aposento,
vió ama y mozo acostados
con amorosos requiebros,
y dijo: "¡Gracias a Dios,
que una vez en paz os veo!",
y esto imagino de entrambos,
aunque siempre andáis riñendo.

ESCENA XXX

DIANA, DICHOS.

DIANA. Teodoro...
TEODORO. Señora...
TRISTAN. (*Aparte.*)
¿Es duende
esta mujer?
DIANA. Sólo vengo
a saber cómo te hallas.
TEODORO. Ya ¿no lo ves?
DIANA. ¿Estás bueno?
TEODORO. Bueno estoy.
DIANA. ¿Y no dirás:
"a tu servicio"?
TEODORO. No puedo
estar mucho en tu servicio
siendo tal el tratamiento.
DIANA. ¡Qué poco sabes!
TEODORO. Tan poco,
que te siento y no te entiendo,
pues no entiendo tus palabras,
y tus bofetones siento.

Si no te quiero te enfadas,
y enójaste si te quiero;
escríbesme si me olvido,
y si me acuerdo te ofendo;
pretendes que yo te entienda
y si te entiendo soy necio.
Mátame o dame la vida;
dá un medio a tantos extremos.

DIANA. ¿Hícete sangre?

TEODORO. Pues ¿no?

DIANA. ¿Dónde tienes el pañuelo?

TEODORO. Aquí.

DIANA. Muestra.

TEODORO. ¿Para qué?

DIANA. Para que esta sangre quiero.
Habla a Octavio, a quien agora
mandé que te diese luego
dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO. ¿Para qué?

DIANA. Para pañuelos.

(*Vase.*)

ESCENA XXXI

TEODORO, TRISTAN.

TEODORO. ¡Hay disparates iguales!

TRISTAN. ¿Qué encantamentos son éstos?

TEODORO. Dos mil escudos me ha dado.

TRISTAN. Bien puedes tomar al precio
otros cuatro bofetones.

TEODORO. Dice son para pañuelos,
y llevó el mío con sangre.

TRISTAN. Pagó la sangre, y te ha hecho
doncella por las narices.

TEODORO. No anda mal agora el perro,
pues después que muerde, halaga.

TRISTAN. Todos aquestos extremos
han de parar en el ama
del doctor.

TEODORO. ¡Quiéralo el cielo!

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores.

ESCENA I

TEODORO, TRISTAN.

TRISTAN. ¿Adónde vas?
TEODORO. Lo ignoro;
porque de suerte estoy, Tristán amigo,
que no sé donde voy ni quien me lleva,
solo y sin alma el pensamiento sigo,
que al sol me dice que la vista atreva.
¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?
Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva
que apenas jurarás que me conoce,
porque Marcela de mi mal se goce.
TRISTAN. Escucha atento; que a los dos importa
que no nos vean juntos.
TEODORO. ¿De qué suerte?
TRISTAN. Para poder decirte, al fin, quien corta
los pasos dirigidos a tu muerte.
TEODORO. ¡Mi muerte! Pues ¿por qué?
TRISTAN. La voz reporta.
y la ocasión de tu remedio advierte.

Ricardo y Federico me han hablado,
y que te dé la muerte concertado.

TEODORO. ¿Ellos a mí?

TRISTAN. Por ciertos bofetones
el amor de tu dueño conjeturan,
y pensado que soy de los leones
'que a tales homicidios se aventuran,
tu vida me han trocado a cien doblones,
y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedía
que te sirviese, y que hoy te serviría,
donde más fácilmente te matase
a efecto de guardarte de esta suerte

TEODORO. ¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase
la vida y me sacase de esta muerte!

TRISTAN. ¿Tan loco estás?

TEODORO. ¿No quieres que me abrase
por tan dulce ocasión? Tristán, advierte
que si Diana algún camino hallara
de disculpa, conmigo se casara.
Teme su honor y cuando más me abrasa,
se hiela y me desprecia.

TRISTAN. Si te diese
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO. Que a ti se pasa
de Ulises el espíritu.

TRISTAN. Si fuese
tan ingenioso, que a tu misma casa
un generoso padre te trajese,
con que fueses igual a la condesa.
¿No saldrías, señor, con esta empresa?

TEODORO. Eso sin duda.

TRISTAN. El conde Ludovico,
caballero ya viejo, hará veinte años
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre
que era sobrino de su gran maestre;
cautiváronle moros de Biserta,
y nunca supo de él, muerto ni vivo.
Este ha de ser tu padre y tú su hijo,
y yo lo he de trazar.

TEODORO. Tristán, advierte
que puedes levantar alguna cosa
que nos cueste a los dos la honra y la vida.

TRISTAN. Pues en este lugar con Dios te queda;
que tú serás marido de Diana
antes que den las doce de mañana.
(*Vase.*)

ESCENA II

TEODORO.

TEODORO. Bien al contrario pienso yo dar medio
a tanto mal, pues el amor bien sabe
que no tiene enemigo que le acabe
con más facilidad que tierra en medio.
Tierra quiero poner, pues que remedio,
con ausentarme, amor, rigor tan grave,
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.
Todos los que llegaron a este punto,
poniendo tierra en medio te olvidaron;
que en tierra en fin le resolvieron junto,
y la razón que de olvidar hallaron,
es que amor se confiesa por difunto
pues que con tierra en medio le enterraron.

ESCENA III

DIANA, TEODORO.

DIANA. ¿Estás ya más mejorado
de tus tristezas, Teodoro?
TEODORO. Si en mis tristezas adoro,
sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar
de la enfermedad que tengo,
pues sólo a estar triste vengo
cuando imagino sanar.
¡Bien haya males que son
tan dulces para sufrir,
que se ve un hombre morir,
y estima su perdición!
Sólo me pesa que ya
esté mi mal en estado,

que he de alejar mi cuidado
de donde su dueño está.

DIANA. ¡Ausentarse! Pues, ¿por qué?

TEODORO. Quiérenme matar.

DIANA. Si harán.

TEODORO. Envidia a mi mal tendrán,
que bien al principio fué.
Con esta ocasión te pido
licencia para irme a España.

DIANA. Será generosa hazaña
de un hombre tan entendido;
que con eso quitarás
la ocasión de tus enojos,
y aunque des agua a mis ojos,
honra a mi casa darás.
Que desde aquel bofetón,
Federico me ha tratado
como celoso y me ha dado
para dejarte ocasión.
V te a España; que yo haré
que te den seis mil escudos.

TEODORO Haré tus contrarios mudos
con mi ausencia. Dame el pie.

DIANA. Anda, Teodoro. No más;
déjame; que soy mujer.

TEODORO. (*Aparte.*)
Llora; mas ¿qué puedo hacer?

DIANA. En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Espera... ¡Vete!...
Oye.

TEODORO. ¿Qué mandas?

DIANA. No, nada;
vete.

TEODORO. Voyme

DIANA. (*Aparte.*)
Estoy turbada.
¿Hay tormento que inquiete
como una pasión de amor?
¿No eres ido?

TEODORO. Ya señora,
me voy.

(*Vase.*)

DIANA. ¡Buena quedo ahora!
¡Maldígate Dios, honor!
Temeraria invención fuiste,
tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Más fué justo,
pues que tu freno resiste
tantas cosas tan mal hechas.
(*Vuelve Teodoro.*)

TEODORO. Vuelvo a saber si hoy podré
partirme.

DIANA. Ni yo lo sé,
ni tú, Teodoro, sospechas
que me pesa de mirarte,
pues que te vuelves aquí.

TEODORO. Señora, vuelvo por mí,
que no estoy en otra parte;
y como me he de llevar,
vengo para que me des
a mí mismo.

DIANA. Si después
te has de volver a buscar,
no me pidas que te dé.
Pero vete; que el amor
lucha con mi noble honor,
y vienes tú a ser traspié.
Vete, Teodoro, de aquí;
no me pidas, aunque puedas;
que yo sé que si te quedas,
allá me llevas a mí.

TEODORO. Quede vuestra señoría
con Dios.
(*Vase.*)

ESCENA IV

DIANA.

DIANA. Maldita ella sea:
¡pues me quita que yo sea
de quien el alma quería!
¡Buena quedo ya sin quien
era luz de aquestos ojos!

Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.
Ojos, pues os habéis puesto
en cosa tan desigual,
pagad el mirar tan mal;
que no soy la culpa de esto.
Mas no lloren; que también
tiempla el mal llorar los ojos;
pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.
Aunque tendrán ya pensada
la disculpa para todo;
que el sol los pone en el lodo,
y no se le pega nada.
Luego bien es que no den
en llorar, cesad, mis ojos,
pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.

ESCENA V

MARCELA, DIANA.

MARCELA. Si puede la confianza
de los años de servirte
humildemente pedirte
lo que justamente alcanza,
a la mano te ha venido
la ocasión de mi remedio,
y poniendo tierra en medio,
no verme si te he ofendido.

DIANA. ¿De tu remedio, Marcela?
¿Cuál ocasión? Que aquí estoy.

MARCELA. Dicen que se parte hoy,
por peligros que recela,
Teodoro a España, y con él
puedes, casada, enviarme,
pues no verme es remediarme.

DIANA. ¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA. Pues, ¿pidiérate yo a ti
sin tener satisfacción
remedio en esta ocasión?

DIANA. ¿Hasle hablado?

MARCELA. Y él a mí,
pidiéndome lo que digo.

DIANA. (*Aparte.*)
¡Qué a propósito me viene
esta desdicha!

MARCELA. Ya tiene
tratado aquesto conmigo,
y el modo con que podemos
ir con más comodidad.

DIANA. (*Aparte.*)
¡Ay necio honor!, perdonad;
que amor quiere hacer extremos.
Pero no será razón,
pues que podéis remediar
fácilmente este pesar.

MARCELA. ¿No tomas resolución?

DIANA. No podré vivir sin ti,
Marcela, y haces agravio
a mi amor y aun al de Fabio,
que sé yo que adora en ti.
Yo te casaré con él;
deja partir a Teodoro.

MARCELA. A Fabio aborrezco; adoro
a Teodoro.

DIANA. (*Aparte.*)
(¡Qué cruel
ocasión de declararme!
Más teneos, loco amor.)
Fabio te estará mejor.

MARCELA. Señora...

DIANA. No hay replicarme.
(*Vase.*)

ESCENA VI

MARCELA.

MARCELA. ¿Qué intentan imposibles mis sentidos,
contra tanto poder determinados?
¿Qué celos poderosos declarados
harán un desatino resistidos?
Volved, volved atrás, pasos perdidos,
que corréis a mi fin precipitados;

árboles son amores desdichados,
a quien el hielo marchitó floridos.
Alegraron el alma los colores
que el tirano poder cubrió de luto;
que hiela ajeno amor muchos amores.
Y cuando de esperar daba tributo,
¿qué importa la hermosura de las flores,
si se perdieron esperando el fruto?

ESCENA VII

TEODORO *de camino,* MARCELA.

MARCELA. En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO. Tú eres causa de esta ausencia;
que en desigual competencia
no resulta bien jamás.

MARCELA. Disculpas tan falsas das
como tu engaño lo ha sido;
porque haberme aborrecido
y haber amado a Diana
lleva tu esperanza vana
sólo a procurar su olvido.

TEODORO. ¿Yo a Diana?

MARCELA. Niegas tarde,
Teodoro, el loco deseo
con que perdido te veo
de atrevido y de cobarde:
cobarde en que ella se guarde
el respeto que se debe;
y atrevido, pues se atreve
tu bajeza a su valor;
que entre el honor y el amor
hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de ti,
aunque quedo enamorada,
porque olvidaré vengada;
que el amor olvida así.
Si te acordares de mí,
imagina que te olvido
porque me quieras; que ha sido
siempre error que suele hacer

que vuelva un hombre a querer
pensar que es aborrecido.

TEODORO. ¡Qué de quimeras tan locas
para casarte con Fabio!

MARCELA. Tú me casas; que al agravio
de tu desdén me provocas.

ESCENA VIII

FABIO, DICHOS

FABIO. Siendo las horas tan pocas
que aquí Teodoro ha de estar,
bien haces, Marcela, en dar
ese descanso a tus ojos.

TEODORO. No te den celos enojos
que han de pasar tanto mar.

FABIO. En fin, ¿te vas?

TEODORO. ¿No lo ves?

FABIO. Mi señora viene a verte.

ESCENA IX

DIANA, DOROTEA, ANARDA, DICHOS

DIANA. ¿Ya, Teodoro, desta suerte?

TEODORO. Alas quisiera en los pies,
cuanto más, señora, espuelas.

DIANA. ¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

ANARDA. Todo está aprestado y junto.

FABIO. (*Aparte a Marcela.*)
En fin, ¿se va?

MARCELA. ¡Y tú me celas!

DIANA (*A Teodoro.*)
Oye aquí aparte.

TEODORO. Aquí estoy
a tu servicio.

DIANA. Teodoro,
tú te partes, yo te adoro.

TEODORO. Por tus crueldades me voy.

DIANA. Soy quien sabes: ¿qué he de hacer?

TEODORO. ¿Lloras?

DIANA. No; que me ha caído
algo en los ojos.

TEODORO. ¿Si ha sido
amor?

DIANA. Sí debe de ser;
pero mucho antes cayó,
y ahora salir querría.

TEODORO. Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.
Sin ella tengo de ir,
no hago al serviros falta,
porque hermosura tan alta
con almas se ha de servir.
¿Qué me mandáis? Porque yo
soy vuestro.

DIANA. ¡Qué triste día!

TEODORO. Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.

DIANA. ¿Lloras?

TEODORO. No; que me ha caído
algo, como a ti, en los ojos.

DIANA. Deben de ser mis enojos.

TEODORO. Eso debe de haber sido.

DIANA. Mil niñerías te he dado,
que en un baúl hallarás;
perdona, no pude más.
Si le abrieres, ten cuidado
de decir, como a despojos
de victoria tan tirana:
"Aquesto puso Diana
con lágrimas de sus ojos."

ANARDA. (*Aparte a Dorotea.*)
Perdidos los dos están.

DOROTEA. ¡Qué mal se encubre el amor!

ANARDA. Quedarse fuera mejor,
manos y prendas se dan.

DOROTEA. Diana ha venido a ser
el perro del hortelano.

ANARDA. Tarde le toma la mano.

DOROTEA. O coma o deje comer.

ESCENA X

LUDOVICO, DICHOS

LUDOVICO. Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, a un hombre de mis años
para entrar desta suerte a visitaros.

DIANA. Señor conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO. Pues ¿vos sola
no sabéis lo que sabe todo Nápoles?
Que en un instante que llegó la nueva,
apenas me han dejado por las calles,
ni he podido llegar a ver mi hijo.

DIANA. ¿Qué hijo? Que no entiendo el regocijo.

LUDOVICO. ¿Nunca vuseñoría de mi historia
ha tenido noticia, y que ha veinte años
que enviaba un niño a Malta con su tío,
y que le cautivaron las galeras
de Alí Bajá?

DIANA. Sospecho que me han dicho
ese suceso vuestro.

LUDOVICO Pues el cielo
me ha dado a conocer el hijo mío
después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA. Con justa causa, conde, me habéis dado
tan buena nueva.

LUDOVICO. Vos, señora mía,
me habéis de dar, en cambio de la nueva,
el hijo mío, que sirviéndoos vive,
bien descuidado de que soy su padre.
¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA. ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO. No, señora; no es Fabio, que es Teodoro.

DIANA. ¡Teodoro!

LUDOVICO. Sí, señora.

TEODORO. ¿Cómo es esto?

DIANA. Habla, Teodoro, si es tu padre el conde.

LUDOVICO. Luego ¿es aqueste?

TEODORO. Señor conde, advierta
vuseñoría...

LUDOVICO. No hay que advertir, hijo,

hijo de mis entrañas, sino sólo
el morir en tus brazos.

DIANA. ¡Caso extraño!

ANARDA. ¡Ay, señora! ¿Teodoro es caballero
tan principal y de tan alto estado?

TEODORO. Señor, yo estoy sin alma, de turbado.
¿Hijo soy vuestro?

LUDOVICO. Cuando no tuviera
tanta seguridad, el verte fuera
de todas la mayor. ¡Qué parecido
a cuando mozo fuí!

TEODORO. Los pies te pido,
y te suplico...

LUDOVICO. No me digas nada;
que estoy fuera de mí. ¡Qué gallardía!
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!
¡Qué bien que te escribió naturaleza
en la cara, Teodoro, la nobleza!
Vamos de aquí; ven luego, luego toma
posesión de mi casa y de mi hacienda,
ven a ver esas puertas coronadas
de las armas más nobles deste reino.

TEODORO. Señor, yo estaba de partida a España,
y así me importa.

LUDOVICO. ¿Cómo a España? ¡Bueno!
España son mis brazos.

DIANA. Yo os suplico,
señor conde, dejéis aquí a Teodoro
hasta que se reporte, y en buen hábito
vaya a reconoceros como hijo;
que no quiero que salga de mi casa
con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO. Habláis como quien sois tan cuerdamente.
Dejarle siento, por un breve instante;
mas porque más rumor no se levante,
me iré, rogando a vuestra señoría
que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA. Palabra os doy

LUDOVICO. Adiós, Teodoro mío.

TEODORO. Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO. ¡Ay, hijo!
venga la muerte ahora.

ANARDA. ¡Qué gallardo

mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO. Pensar poco
quiero este bien, por no volverme loco.
(*Vase Ludovico.*)

ESCENA XI

DIANA, TEODORO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, FABIO

DOROTEA. Danos a todos las manos.
ANARDA. Bien puedes, por gran señor.
DOROTEA. Hacernos debes favor.
MARCELA. Los señores que son llanos
conquistan las voluntades.
Los brazos nos puedes dar.
DIANA. Apartaos, dadme lugar;
no le digáis necedades.
Deme vuestra señoria
las manos, señor Teodoro.
TEODORO. Ahora esos pies adoro,
y sois más señora mía.
DIANA. Salíos todos allá;
dejadme con él un poco.
MARCELA. ¿Qué dices, Fabio?
FABIO. Estoy loco.
DOROTEA. (*Aparte a Anarda.*)
¿Qué te parece?
ANARDA. Que ya
mi ama no querrá ser
el perro del hortelano.
DOROTEA. ¿Comerá ya?
ANARDA. Pues, ¿no es llano?
DOROTEA. Pues reviente de comer.
(*Vanse Marcela, Fabio, Dorotea y Anarda.*)

ESCENA XII

DIANA, TEODORO

DIANA. ¿No te vas a España?
TEODORO. ¿Yo?
DIANA. ¿No dice vuseñoria:
"Yo me voy, señora mía;

yo me voy, el alma no."

TEODORO. ¿Burlas de ver los favores
de la fortuna?

DIANA. Haz extremos.

TEODORO. Con igualdad nos tratemos,
como suelen los señores,
pues todos lo somos ya.

DIANA. Otro me pareces.

TEODORO. Creo
que estás con menos deseo;
pena el ser tu igual te da.
Quisiérasme tu criado,
porque es costumbre de amor
querer que sea inferior
lo amado.

DIANA. Estás engañado;
porque ahora serás mío,
y esta noche he de casarme
contigo.

TEODORO. No hay más que darme:
fortuna, tente.

DIANA. Confío
que no ha de haber en el mundo
tan venturosa mujer.
Vete a vestir.

TEODORO. Iré a ver
el mayorazgo que hoy fundo,
y este padre que me hallé
sin saber cómo o por dónde.

DIANA. Pues adiós, mi señor conde.

TEODORO. Adiós, condesa.

DIANA. Oye.

TEODORO. ¿Qué?

DIANA. ¡Qué! Pues, ¿cómo? ¿A su señora
así responde un criado?

TEODORO. Está ya el juego trocado,
y soy yo el señor ahora.

DIANA. Sepa que no me ha de dar
más celitos con Marcela,
aunque este golpe le duela.

TEODORO. No nos solemos bajar
los señores a querer
las criadas.

DIANA. Tenga cuenta

con lo que dice.

TEODORO. Es afrenta.

DIANA. Pues ¿quién soy yo?

TEODORO. Mi mujer. (*Vase.*)

DIANA. No hay más que desear; tente, fortuna,
como dijo Teodoro, tente, tente.

ESCENA XIII

FEDERICO, RICARDO, DIANA

RICARDO. En tantos regocijos y alborotos,
¿no se da parte a los amigos?

DIANA. Tanta
cuanta vuseñorías me pidieren.

FEDERICO. De ser tan gran señor vuestro criado
os las pedimos.

DIANA. Yo pensé, señores,
que las pedís (con que licencia os pido)
de ser Teodoro conde y mi marido.
(*Vase.*)

RICARDO. ¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO. Estoy sin seso.

RICARDO. ¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!

FEDERICO. Veisle, aquí viene.

ESCENA XIV

TRISTAN, FEDERICO, RICARDO

TRISTAN. (*Aparte.*)
Todo está en su punto.
¡Brava cosa! ¡Qué pueda un lacaifero
ingenio alborotar a toda Nápoles!

RICARDO. Tente, Tristán, o como te apellidas.

TRISTAN. Mi nombre natural es Quita-vidas.

FEDERICO. ¡Bien se ha echado de ver!

TRISTAN. Hecho estuviera,
a no ser conde de hoy acá este muerto.

RICARDO. Pues ¿eso importa?

TRISTAN. Al tiempo que el concierto
hice por los trescientos solamente,

era para matar, como fué llano,
un Teodoro criado, mas no conde.
Teodoro conde es cosa diferente,
y es menester que el galardón se aumente;
que más costa tendrá matar un conde
que cuatro ó seis criados, que están muertos,
unos de hambre y otros de esperanzas,
y no pocos de envidia.

FEDERICO. ¿Cuánto quieres?
Y mátale esta noche.

TRISTAN. Mil escudos.

RICARDO. Yo los prometo.

TRISTAN. Alguna señal quiero.

RICARDO. Esta cadena.

TRISTAN. Cuenten el dinero.

FEDERICO. Yo voy a prevenillo.

TRISTAN. Yo a matalle.
¿Oyen?

RICARDO. ¿Qué?, ¿quieres más?

TRISTAN, Todo hombre calle.

(Vanse Ricardo y Federico.)

ESCENA XV

TEODORO, TRISTAN

TEODORO. Desde aquí te he visto hablar
con aquellos matadores.

TRISTAN. Los dos necios son mayores
que tiene tan gran lugar.
Esta cadena me han dado,
mil escudos prometido
porque hoy te mate.

TEODORO. ¿Qué ha sido
eso que tienes trazado?
Que estoy temblando, Tristán.

TRISTAN. Si me vieras hablar griego,
me dieras, Teodoro, luego
más que estos locos me dan.
¡Por vida mía, que es cosa
fácil el gregueguizar!
Ello en fin no es más de hablar;
mas era cosa donosa
los nombres que les decía:

Azteclias, Catiborratos,
Serpalitonia, Xipatos,
Atecas, Filimoclia...
Que esto debe de ser griego,
como ninguno lo entiende,
y en fin, por griego se vende.

TEODORO. A mil pensamientos llego
que me causan gran tristeza,
pues si se sabe este engaño,
no hay que esperar menos daño
que cortarme la cabeza.

TRISTAN. ¿Ahora sales con eso?

TEODORO. Demonio debes de ser.

TRISTAN. Deja la suerte correr
y espera el fin del suceso.

TEODORO. La condesa viene aquí.

TRISTAN. Yo me escondo; no me vea.
(*Ocúltase.*)

ESCENA XVI

DIANA, TEODORO, TRISTAN, *oculto.*

DIANA. ¿No eres ido a ver tu padre,
Teodoro?

TEODORO. Una grave pena
me detiene; y finalmente
vuelvo a pedirte licencia
para proseguir mi intento
de ir a España.

DIANA. Si Marcela
te ha vuelto a tocar al arma,
muy justa disculpa es èsa.

TEODORO. ¿Yo Marcela?

DIANA. Pues ¿qué tienes?

TEODORO. No es cosa para ponerla
desde mi boca en tu oído.

DIANA. Habla, Teodoro, aunque sea
mil veces contra mi honor.

TEODORO. Tristán, a quien hoy pudiera
hacer el engaño estatuas,
la industria, versos, y Creta
rendir laberintos, viendo

mi amor, mi eterna tristeza,
sabiendo que Ludovico
perdió un hijo, esta quimera
ha levantado conmigo,
que soy hijo de la tierra,
y no he conocido padre
más que mi ingenio, mis letras
y mi pluma. El conde cree
que lo soy; y aunque pudiera
ser tu marido, y tener
tanta dicha y tal grandeza,
mi nobleza natural
que te engañe no me deja,
porque soy naturalmente
hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir a España
vuelvo a pedirte licencia;
que no quiero yo engañar
tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA. Discreto y necio has andado:
discreto en que tu nobleza
me has mostrado en declararte;
necio en pensar que lo sea
en dejarme de casar,
pues he hallado a tu bajeza
el color que yo quería;
que el gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo;
y porque Tristán no pueda
decir aqueste secreto,
hoy haré que cuando duerma,
en ese pozo de casa
le sepulten.

TRISTAN. (*Saliendo.*)
Guarda afuera.

DIANA. ¿Quién habla ahí?

TRISTAN. ¿Quién? Tristán,
que justamente se queja
de la ingratitud mayor
que de mujeres se cuenta.
Pues ¡siendo yo vuestro gozo,
aunque nunca yo lo fuera,

en el pozo me arrojáis!

DIANA. ¿Qué?, ¿lo has oído?

TRISTAN. No creas
que me pescarás el cuerpo.

DIANA. Vuelve.

TRISTAN. ¿Que vuelva?

DIANA. Que vuelvas.
Por el donaire te doy
palabra de que no tengas
mayor amiga en el mundo;
pero has de tener secreta
esta invención, pues es tuya.

TRISTAN. Si me importa que lo sea.
¿No quieres que calle?

TEODORO. Escucha.
¿Qué gente y qué grita es ésa?

ESCENA XVII

LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, FABIO, MARCELA, ANARDA, DOROTEA. DICHOS

RICARDO. (*Dentro.*)
Queremos acompañar
a vuestro hijo.

(*Salen Ludovico, Federico, Ricardo, las damas y los criados.*)

FEDERICO. (*A Ludovico.*)
La bella
Nápoles está esperando
que salga, junta a la puerta.

LUDOVICO. (*A Teodoro.*)
Con licencia de Diana,
una carroza te espera,
Teodoro, y junta, a caballo,
de Nápoles la nobleza.
Ven, hijo, a tu propia casa
tras tantos años de ausencia;
verás adonde naciste.

DIANA. Antes que salga y la vea,
quiero, conde, que sepáis
que soy su mujer.

LUDOVICO Detenga

la fortuna, en tanto bien,
con clavo de oro la rueda.
Dos hijos saco de aquí,
si vine por uno.

FEDERICO. Llega,
Ricardo, y da el parabién.

RICARDO. Darle, señores, pudiera
de la vida de Teodoro;
que celos de la condesa
me hicieron que a este cobarde
(Por Tristán.)
diera, sin esta cadena,
por matarle mil escudos.
Haced que luego le prendan,
que es encubierto ladrón.

TEODORO. Eso no; que no profesa
ser ladrón quien a su amo
defiende.

RICARDO. ¿No? Pues ¿quién era
este valiente fingido?

TEODORO. Mi criado; y porque tenga
premio el defender mi vida,
sin otras secretas deudas,
con licencia de Diana,
le caso con Dorotea,
pues que ya su señoría
casó con Fabio a Marcela.

RICARDO. Yo doto a Marcela.

FEDERICO. Y yo
a Dorotea.

LUDOVICO. Bien queda
para mí, con hijo y casa,
el dote de la condesa.

DIANA. Con esto, senado noble,
que a nadie digáis se os ruega
el secreto de Teodoro,
dando, con licencia vuestra,
del PERRO DEL HORTELANO
fin la famosa comedia.

FIN


ANT
MERLO



RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID